

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

FACULTAD DE PSICOLOGIA

**LOS MODELOS TERAPÉUTICOS DE
CARL JUNG Y DE CARL ROGERS.**

**Una comparación en la perspectiva
de la integración**

AUTOR: Marco Antonio Recuero del Solar

DIRECTOR: Antonio Vázquez Fernández

Salamanca, Septiembre de 1998

C A P I T U L O I:

CARL G. JUNG Y SU MODELO DE LA PERSONALIDAD

1.- Presentación Histórico-Biográfica.

2.- Modelo Antropológico Subyacente.

3.- Tópica y Estructura de la Personalidad.

4.- Dinámica de la Personalidad.

5.- Desarrollo de la Personalidad.

6.- La Enfermedad Psíquica.

7.- La Personalidad Madura o Total.

Lo que realicé en mi trabajo fue simplemente dar nuevos nombres a esas ideas, a esas realidades. Considérese, por ejemplo, la palabra “inconsciente”. Acabo de leer un libro de budismo Zen chino. Y me pareció que estábamos hablando sobre la misma cosa y que la única diferencia entre nosotros era el uso de palabras diferentes para designar una misma realidad. Así, el uso de la palabra “inconsciente” no importa; lo que cuenta es la idea que está subentendida en la palabra.

Carl G. Jung

En este capítulo hacemos una presentación resumida del hombre Carl G. Jung y de sus principales ideas respecto a la constitución y funcionamiento de la “psique”, como dice él, o de la personalidad, como preferimos hablar los psicólogos hoy en día. Una presentación forzosamente breve considerando la magnitud de su obra publicada (18 volúmenes de escritos, 3 de cartas, 7 de apuntes en sus seminarios, 1 de entrevistas y la autobiografía) y la delimitación que imponen los objetivos de esta tesis.

Lo hemos estructurado siguiendo los típicos puntos que se abordan al estudiar sistemáticamente este tema: estructura, dinámica y desarrollo de la personalidad. Antes, hemos procurado dar una idea general de los fundamentos filosófico-antropológicos de su visión. Creemos que esto permite una aproximación global, aunque sumaria, a la totalidad del pensamiento jungiano. Después, hemos introducido un apartado que especifica la manera en que abordaba la cuestión de los trastornos psicológicos y otro donde hacemos algunas consideraciones sobre su concepción de la salud psíquica. Ambos están ya en línea directa con la temática terapéutica, centro de interés principal en esta tesis. En todo caso, nuestras preocupaciones y preferencias personales tampoco han estado ajenas a este ordenamiento ni a la forma o extensión con que hemos desarrollado cada aspecto.

Por otra parte, y en la medida de lo posible, hemos conservado la terminología que el propio Jung usaba, aunque en muchos casos pueda resultar extraña al mundo actual de la psicología. Tal es el caso de las expresiones “alma”, que se explica en el tercer apartado de este capítulo, “espíritu”, que cuando no la usa en un sentido estricto (como arquetipo o complejo funcional), se suele referir a la capacidad específicamente humana de crear cultura y de “psique”, que ya comentamos.

1.- PRESENTACION HISTORICO-BIOGRAFICA

a) MARCO HISTORICO-CULTURAL

Sólo dos palabras para situar muy gruesamente algunos de los elementos más relevantes y pertinentes de la época en que vivió. En primer lugar, cuando nace en 1875, la Psicología -en tanto disciplina científica independiente- recién estaba naciendo. Cuando comienza sus estudios de medicina en Basilea hacia 1895, Charcot recién estudiaba la histeria utilizando la hipnosis y P. Janet había publicado su libro *El Estado Mental de las Histéricas* hacía sólo dos años. Al iniciar su especialización en Psiquiatría en 1900, con 25 años de edad, Freud, con 44 años, acababa de publicar *La Interpretación de los Sueños*. Se puede decir entonces, que le toca vivir prácticamente en los albores de la Psicología, de la Psicoterapia y del descubrimiento del inconsciente.

Nace además en Suiza, al centro de la Europa hegemónica del siglo XIX. Conviene recordar en este sentido, que hacia la mitad de tal siglo, la Confederación Helvética había conseguido por fin transformarse en un país estable e integrado, respetuoso de sus diferencias y culturas, tras siglos de guerras y conflictos. Tanto así que, en forma inesperada, logra mantenerse neutral durante las dos grandes guerras mundiales de la primera mitad de este siglo XX.

Un siglo extraordinariamente complejo y caótico, como corresponde a un final de era cósmica. Tal vez el más sangriento de cuantos haya vivido la humanidad. En todo caso, el único en que ésta ha generado la capacidad de autodestruirse por completo. Hijo legítimo del agotamiento del Positivismo con su materialismo ingenuo y su fe ciega en la “diosa razón”. Donde hemos podido apreciar el desarrollo científico y tecnológico más importante de la historia, hasta llegar incluso a posar nuestros pies en la Luna. Y en el que tanta gente valiosa ha hecho tanto por intentar comprenderlo y mejorarlo. Entre ellos, los fundadores de la Psicología que, por primera vez, se proponen estudiar la mente humana desde los parámetros de la ciencia. Unos parámetros que, paradójicamente, han debido ir también cambiando y reformulando porque cada día tuvieron (y hay) más conciencia de sus limitaciones. A nuestro autor, le sobran méritos para poder contarse entre estos precursores.

b) INFANCIA Y JUVENTUD

La fecha exacta del nacimiento de Carl Gustav Jung Preiswerk es el 26 de Julio de 1875. El lugar es Kesswil, cantón de Thurgau, pero a los cuatro años se traslada junto a sus padres a Basilea, donde permanecerá hasta que comience su trabajo como profesional. Su padre -Johan Paul- era un pastor protestante de la Iglesia Reformada y entre sus parientes había también otros muchos eclesiásticos. Sus dudas religiosas poco asumidas junto con una personalidad hipocondríaca nunca permitieron al pequeño Carl identificarse con él. Con su madre, Emilie Preiswerk, en cambio, estaba fijado afectivamente. De pequeño le fascinaba y le aterraba a la vez por su extraña y doble personalidad. Lamentablemente, la relación entre sus padres nunca fue satisfactoria -dormían en cuartos separados- aunque hacia fuera mantuvieron las convenciones.

El matrimonio de mis padres no fue un convenio feliz, sino una prueba de paciencia lastrada por muchas dificultades. Ambos cometieron los errores típicos de muchos matrimonios.

(Jung, [1961], 1981, p. 321).

Como su hermana menor vino a nacer casi nueve años después y su familia vivió por muchos años en pequeños poblados campesinos, su infancia fue bastante solitaria. Dedicaba mucho tiempo a los juegos de ensoñaciones donde proyectaba sus fantasías en la amplia naturaleza que le rodeaba.

Desde muy pequeño se sintió con una identidad dual y contradictoria. A uno de tales aspectos lo llamo *personalidad n°1* y al otro *personalidad n°2*. La número uno era la que estaba en contacto con el mundo externo, donde era un niño tímido y torpe. La número dos, con que se sentía más identificado, estaba en contacto con su mundo interior de sueños, fantasías y extraños pensamientos entremezclados sobre la vida, la muerte, la sexualidad o la religión. Esta doble faceta la conservó toda la vida y tiene notable relación con toda su preocupación teórica por la conjunción de los opuestos, por ejemplo.

Al momento de su ingreso en la universidad, estas dos personalidades manifestaban sus preferencias contradictorias. La primera se decantaba por las ciencias naturales y los “hechos empíricos”. La segunda, por las ciencias del espíritu tal como la Historia Comparada de las Religiones, la Arqueología e, incluso, la Filosofía. Se decidió finalmente por la Medicina, siguiendo las inclinaciones de la primera, pero cuando elige, la especialidad de Psiquiatría ya es por una síntesis entre ambas:

Me hallaba en la más viva excitación, pues fue para mí como una fulminante revelación de que mi única meta era la psiquiatría. Sólo aquí las dos corrientes de mi interés podían confluír y encontrar un cauce por medio de un declive común. Aquí se hallaba el campo común de las experiencias de los hechos biológicos y espirituales, que por todas partes había yo buscado sin encontrarlo. He aquí, por fin, el lugar en que el cruce entre la naturaleza y el espíritu era ya un hecho.

(Jung, [1961], 1981, p.120).

Paralelamente a sus estudios universitarios participa en una asociación de estudiantes donde manifiesta su interés por diversas posturas filosóficas, por los fenómenos místicos, parapsicológicos e hipnóticos. De hecho, ya había iniciado incursiones en la filosofía hacía varios años atrás en la biblioteca de su padre. Entre sus autores favoritos conviene destacar a cuatro griegos antiguos: Pitágoras, Heráclito, Empédocles y Platón; a Eckhart y Paracelso; y a Kant, Schopenhauer, Nietzsche y Goethe, entre los modernos.

Recién salido de la universidad, en 1900, Jung asume su primer empleo profesional como asistente en el Hospital Mental de Burghölzli en Zurich, uno de los más famosos de Europa. Su director era Eugen Bleuler, conocido en todo el mundo médico de la época por sus investigaciones sobre la esquizofrenia, a la que precisamente

dio el nombre. En forma paralela, prepara su tesis doctoral consistente en un estudio psiquiátrico de la personalidad de una *medium*, su prima materna Hélène, a quien observó desempeñarse en múltiples sesiones de espiritismo. La presenta en 1902, año en que también viaja a París por un semestre para hacer estudios con el gran psiquiatra francés Pierre Janet.

Al año siguiente y cuando tiene aún 27 de edad, se casa con Emma Rauschenbach de 21, hija de unos prósperos industriales. La había conocido siete años antes cuando aún era una niña “de trenzas”. “Supo” desde el primer momento que sería su esposa. Tuvieron cinco hijos - sólo uno varón- y ella llegó a interesarse intelectualmente por las ideas de su esposo, de quien se hizo también colaboradora. Cuando Emma muere en 1955, tenía un libro sobre el Santo Grial casi terminado y un largo estudio sobre el *ánima-animus* completo. Es un caso único entre las esposas de los pioneros de la Psicología Profunda.

c) ETAPAS DE SU PENSAMIENTO

El gran proyecto vital de Jung fue el estudio empírico y riguroso del “alma humana”. Era, en parte, su respuesta a las extrañas vivencias de su infancia y adolescencia y, también, la realización de su destino.

El desarrollo de este proyecto, que le ocupa toda su vida, ha sido estudiado y ordenado en fases por diversos autores (Vázquez, 1986; Jaffé, 1992; Stevens, 1994; Quiroga, 1997b), con pocas variaciones de importancia. Me apoyo en ellos para la presentación de las etapas que siguen a continuación. Como suele ocurrir en estos casos, hay cierto grado de arbitrariedad en la delimitación de ellas. En realidad, no se deslindan de manera tan nítida sino que tienen superposiciones en el tiempo e incluso, desde una perspectiva de largo plazo, las primeras se van integrando en las más tardías. Lo dicho en una época está incluido en forma directa o reformulada en los planteamientos de las últimas.

1º) Etapa de trabajo psiquiátrico (1900-1909)

Corresponde al tiempo que permaneció en el Hospital de Burghölzli, primero como ayudante de Bleuler y después como jefe clínico. Su principal preocupación en esta época fue la comprensión de la psicosis. Durante años lleva a cabo investigaciones experimentales de laboratorio utilizando el Test de Asociación de Palabras de Galton y otros instrumentos. Partiendo de la medición de los tiempos de reacción principalmente, y de otras respuestas, Jung postula la existencia de lo que llamó *complejos afectivo-representativos*. A través de ellos puede empezar a explicar

algunos trastornos de la atención, de la memoria, del lenguaje y del comportamiento, tanto en sujetos normales como en enfermos. Los resultados de estos esfuerzos se recogen en su trabajo *Estudios de Asociación Diagnósticos* (1906) y su aplicación a la comprensión de la esquizofrenia, en otros dos. Dice de ellos Jaffé:

En *La Psicología de la Dementia Praecox* (1907) y *El Contenido de la Psicosis* (1908), luchó por comprender las manifestaciones y síntomas de los enfermos mentales, que hasta el momento habían sido desechados como tonterías, y por descubrir una estructura ordenada en el caos psíquico. Contra todas las opiniones psiquiátricas de entonces, logró alcanzar su meta a fuerza de una infinita paciencia, perseverancia y empatía. En varios casos incluso logró curar a pacientes psicóticos con la ayuda de la psicoterapia, y reintegrarlos al mundo del trabajo y las relaciones humanas, algo que hasta ese momento había resultado inconcebible. (Jaffé, 1992, p.150).

2º) Etapa psicoanalítica de colaboración con Freud (1906-1912).

Los primeros contactos epistolares entre Jung y Freud empezaron en Octubre de 1906, cuando el primero le envió su publicación de aquel año. Para ese entonces, Jung ya había leído varias obras de Freud e incluso había defendido públicamente algunas de sus teorías. Se había interesado en ellas por la complementariedad que encontraba entre esos planteamientos y los suyos acerca de los complejos. Esta misma observación la hizo luego también Freud.

El primer contacto personal tuvo lugar en marzo de 1907, en Viena y por invitación de Freud. Las larguísimas conversaciones de aquellos días -la primera duró trece horas ininterrumpidas- impactaron enormemente a ambos. Jung encontró en Freud un hombre mucho más experimentado pero que, en lo básico, estaba en su mismo camino. Se sintió comprendido y apoyado, si bien es cierto que guardó cierta reserva por la excesiva valoración de la sexualidad y la mínima otorgada al espíritu con que se encontró. Por su parte, Freud creyó haber hallado por fin a su tan buscado “hijo y sucesor espiritual”.

De esta manera, al año siguiente Freud le encarga a Jung la organización del primer congreso psicoanalítico en Salzburgo (1908), le visita a su vez permaneciendo algunos días en Zurich y le encomienda la dirección de la primera revista dedicada a la naciente disciplina: *el Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychotherapeutische Forschungen*. En 1909 Jung deja el Burghölzli, entregándose por completo a sus nuevas obligaciones y en 1910 es elegido primer presidente de la recién creada Asociación Psicoanalítica Internacional. Es un período extrovertido de

mucho entusiasmo, organización, viajes y, especialmente, de defensa militante del Psicoanálisis tan atacado por todas partes.

Luego, viene el momento de la separación. Ya mencionamos ciertas reticencias de Jung con respecto a los planteamientos de Freud. Ellas fueron ampliándose y profundizando con el correr del tiempo, incluso personalizándose en el discurrir de sus contactos. Mucho se ha reflexionado y otro tanto se ha especulado acerca de este asunto,¹ nosotros optamos por darle la palabra a una testigo autorizada:

Se han ofrecido incontables razones para explicar la separación de Jung y Freud. Según la Psicología Analítica, éstas corren por parte de Freud principalmente: el excesivo énfasis en el factor sexual, su rechazo a la religión, su pensamiento causalista reductor, su renuencia a aceptar las ideas nuevas y divergentes de Jung, así como también diversas debilidades humanas y personales. Todas estas razones son válidas. Sin embargo, me parecen débiles ante un hecho primario: Freud, como Jung, fue atrapado por el demonio creativo, y cada uno debió seguir su propia ley. A pesar de que los dos estaban empeñados en iluminar el fondo oscuro de la psique, sus visiones eran tan diferentes que, a la larga, un acuerdo resultó imposible y su separación, inevitable. ... El resentimiento que siguió ardiendo hasta el momento de sus muertes, probablemente tuvo sus raíces en el fracaso de ambos al observar esta ley psicológica.

(Jaffé, 1992, p.152).

En concreto, son dos publicaciones jungianas las que marcan el punto culminante de la crisis y la concreción de una ruptura, que se consuma oficialmente sólo algún tiempo después. Sus títulos son: *Transformaciones y Símbolos de la Libido* (1911-1912), a la que suele darse más importancia en este sentido, y *Teoría del Psicoanálisis* (1913), que es en realidad mucho más directa y dura contra los puntos esenciales de las teorías freudianas.

¹ El último trabajo serio y muy matizado que el autor conoce, fue escrito precisamente por la Dra. Teresa Sánchez profesora en la cátedra de Psicología Profunda de esta misma facultad, y como parte del libro-homenaje a Antonio Vázquez, director de esta tesis. Su título y referencia exacta son: *Un eslabón en la historia de la psicología y del psicoanálisis: la confrontación Freud/Jung, de la dependencia a la individualización*. Temas de Psicología (V), Universidad Pontificia de Salamanca, 1997, pp.125-152.

3º) Etapa de introvertida confrontación con el inconsciente (1913-1919).

Cuando Jung se separa de Freud tiene treinta y siete años de edad. Se podría haber esperado el desarrollo de una profusa actividad intelectual, pero no fue así. Lo que vino en realidad, fue una profunda incertidumbre acerca del camino que debía tomar junto con un estado general de inseguridad. No faltaron tampoco, como es tan característico en Jung, los sueños impresionantes ni las visiones imaginarias. Ellenberger (1976) ha llamado al conjunto de esta crisis una *enfermedad creadora*. Considerando todas estas condiciones, es decir, la tendencia que manifestaba su propia psique, toma la arriesgada decisión de iniciar el descenso solitario, pero metódico y analítico, hacia su inconsciente. Estamos a fines de 1913.

Sirviéndose de diversas técnicas, tales como la imaginación activa (una especie de fantasía autocontrolada que estudiaremos en el próximo capítulo) y el “diálogo” con los personajes que iban apareciendo en esas fantasías (es decir, con partes de sí mismo), va penetrando y explorando su mundo interior. Tomaba notas de estas vivencias para luego poder analizarlas e incluso, las dibujaba. Así llegó a componer dos gruesos volúmenes nunca publicados: el *Libro Negro* primero y el *Libro Rojo* (Rotes Buch) después, a donde trasladó las notas del primero ampliándolas e ilustrándolas.

Para contrapesar este viaje a las profundidades, se preocupó mucho de mantenerse ligado al mundo externo. Por eso, durante este período le dio especial importancia al cumplimiento riguroso de sus obligaciones profesionales y familiares. De esta manera facilitaba también el diálogo conciencia-inconsciente y el subsecuente proceso de simbolización

Poco a poco va completando su recorrido por los extraños parajes de la mente y a regresar de él cargado con un enorme material subjetivo que deberá ahora poner en orden y elaborar científicamente:

Todos mis trabajos, todo cuanto he creado espiritualmente, parte de mis imaginaciones y sueños iniciales... Todo cuanto he hecho en mi vida posterior, está ya contenido en ellas, aunque sólo en forma de emociones o imágenes.

(Jung, [1961], 1981, p. 200).

Entonces comenzó todo y las posteriores particularidades son sólo complementos y aclaraciones. Toda mi actividad posterior consistió en perfeccionar lo que brotó del inconsciente, y que comenzó inundándome a mí. Constituyó la materia prima para la obra de mi vida.

(Jung, [1961], 1981, p.207).

Entre las obras de esta época podemos destacar su extraño libro-poema *Siete Sermones a los Muertos* (1916), escrito en lenguaje gnóstico y firmado con el seudónimo de Basílides de Alejandría. No fue publicado ni puesto a la venta, sólo lo repartió entre sus íntimos. En él resume las ideas fundamentales de sus fantasías y es, por lo tanto, una primera elaboración de las experiencias de este período. También merece una mención especial su trabajo *La Función Trascendente* (1916) no publicado hasta 1957, y donde están en germen muchas ideas que sólo desarrolla en su última etapa de vida, más de treinta años después.

4º) Etapa de Formulación de la Psicología Analítica (1920-1944).

Esta es la etapa más larga de su vida, desde nuestra perspectiva de estudio. Durante ella Jung establece las bases de su Psicología Analítica, desarrollando todos sus conceptos teóricos más característicos: el inconsciente colectivo, los arquetipos, el proceso de individuación, la energía psíquica neutra, etc.

Desde el punto de vista de las publicaciones, comienza con la de *Tipos Psicológicos* (1921), uno de sus libros mejor logrados según los críticos y que, en gran medida, debe su origen a la necesidad de objetivar sus diferencias con Freud. Le siguen *El Yo y el Inconsciente y Energética Psíquica y Esencia del Sueño* en 1928. En el primero aborda algunos aspectos del proceso de individuación como relación consciente-inconsciente y en el segundo elabora críticamente su concepto de *libido* y su concepción energético-finalista. En *El Secreto de la Flor Dorada*, (1929) escrito en colaboración con su amigo y reconocido sinólogo, Richard Wilhelm, se introduce por primera vez en el mundo de la alquimia. Este tema encontrará su mayor desarrollo en el último gran libro del período: *Psicología y Alquimia* (1944). En el intertanto, hace una abundante cantidad de estudios menores dentro de esta temática. Jung pensaba que los alquimistas “proyectaban” en su tratamiento de la materia mecanismos psicológicos inconscientes relacionados con el proceso de individuación.

Esta es también la época de sus viajes que tienen un doble objetivo. Por un lado, puede estudiar la psicología de otros pueblos, especialmente la de los llamados “primitivos”, y por otro, puede tomar distancia y tener un punto de vista “nuevo” sobre la europea, de la que forma parte. En 1920 visita Argelia y Túnez, en 1924 a los Indios Pueblo de los Estados Unidos de América, en 1925 vive una larga temporada con los negros del monte Elgon en África oriental y, finalmente, va a la India y Ceilán en 1938.

Por otra parte, y hacia fines de este período recibe una serie de importantes honores, entre los cuales destacan los doctorados *honoris causa* de la Universidad de Harvard (1936), de la Universidad de Oxford y de la

Universidad de Calcuta (1938), la membrecía de honor en la Real Academia de Medicina de Londres (1939) y la creación de una cátedra de “Psicología Médica” para él en la Universidad de Basilea (1944).

La etapa concluye marcada por una grave enfermedad que comienza en 1943 y que le aleja de sus actividades exteriores, imitando también su capacidad de trabajo. Un claro preludio a los hechos que darán origen a la fase siguiente.

5º) Etapa de Madurez Sapiencial (1944-1961).

Durante el primer año de este período, sufre la fractura de un pie y casi enseguida tiene un infarto cardíaco del que estuvo cercano a morir. Luego, en noviembre de 1946, tiene lugar un segundo ataque al corazón, seguido por otros de taquicardia. En sus memorias describe el fascinante mundo de imágenes y visiones que su inconsciente desplegó nuevamente ante él. Tanto, que le supuso un penoso esfuerzo tomar la decisión de regresar otra vez al mundo de los vivos.

Una vez más, estas vivencias fueron un preludio a nuevas ideas y esclarecimientos. De aquí en adelante, Jung se interesa cada vez más por acercarse directa y comprensivamente al mundo de los arquetipos y, especialmente, a su centro, el *selbst* (*sí-mismo*). En otras palabras, se interesa por lo que podríamos llamar la realidad psíquica última, implícita al mundo interno externo, en la que los opuestos no están ya separados sino que constituyen la unidad paradójica, el *mysterium_coniunctionis*.

De hecho éste es el título de la obra más importante de este período y, según algunos, de todas cuanto escribió. Cuando concluye los dos tomos (1955 y 1956) y ya con ochenta años, considera su tarea vital concluida.

Antes, sin embargo, publicó varios otros títulos de notable importancia. Entre ellos: *Psicología de la Transferencia* (1946), *Aion* (1951), y el polémico *Respuesta_a Job* (1952). Una mención especial merece su trabajo en colaboración con el Premio Nobel de Física Wilhelm Pauli, publicado en español con el título *Interpretación de la Naturaleza y la Psique*. En él propone un principio de conexión acausal entre la psiquis y ciertos hechos de la naturaleza, tales como los que estudia la Parapsicología, y que no pueden ser explicados en forma convencional. Lo llamó principio de *sincronicidad* y su hipótesis explicativa implica que el objeto de estudio de la microfísica y de la psicología arquetipal vendrían a ser, en última instancia, el mismo. Tras estos fenómenos existiría un trasfondo simultáneamente físico y psíquico y, por lo tanto, compuesto de un tercer elemento de naturaleza neutral. Este tercer elemento sólo podría captarse alusivamente, puesto que en su núcleo sería trascendental. Un aporte novedoso y controvertido, que puede ampliar nuestro concepto de la ciencia hasta límites insospechados.

d) LA MUERTE

Entre 1955 (en que muere su esposa) y 1961, Jung escribió aún varios otros trabajos, entre ellos su inusual autobiografía, en colaboración con su secretaria de entonces, Aniela Jaffé. Pero la mayor parte del tiempo dedicado al trabajo intelectual lo ocupaba en responder a las innumerables cartas que le llegaban de casi todas partes del mundo. En varias de ellas, en un capítulo de la autobiografía y en algunas entrevistas que concedió en esa época, manifestó su pensamiento acerca de la muerte y la eventualidad de una sobrevivencia a ella. Nos parece de sumo interés sintetizar aquí estas reflexiones, no sólo por su originalidad sino porque dan una idea de cómo él enfrentaba “el supremo hecho”. Y, por lo tanto, también la perspectiva con que miraba su vida -y toda vida- al final de ella.

Reconociendo la complejidad del tema por la imposibilidad de aducir pruebas válidas, por la dificultad también de imaginar siquiera *otro mundo* y por las infinitas distorsiones que implican los deseos y los prejuicios involucrados en el tema, pero considerando también la importancia subjetiva generalizada que tiene, se arriesga a hacer algunas afirmaciones tentativas. Para ello, dice, tiene que basarse en el material que proporciona el inconsciente colectivo a través de los sueños, mitos y otras manifestaciones. También toma en cuenta los fenómenos estudiados por la parapsicología y ni qué decir de sus propias vivencias al respecto.

Una primera cuestión que parece bastante verosímil en este sentido, es que, al menos una parte de la psiquis no se encuentra sometida a las leyes del espacio y del tiempo. Hay pruebas de ello en los conocidos experimentos controlados de Rhine y en multitud de vivencias espontáneas de presentimientos y percepciones extrasensoriales, experimentadas por tanta gente. Por eso es bastante plausible suponer una prolongación psicológica de los aspectos de la psique que escapan al control temporo-espacial. No podemos saber con certeza si tales aspectos son conscientes o inconscientes, aunque Jung se inclina más a creer en lo primero. Por otra parte, la existencia fuera del espacio-tiempo no es ninguna prueba de inmortalidad, aunque sí de una existencia por tiempo indefinido después o más allá de la muerte física.

Una segunda cuestión, tiene que ver con que mucha gente al morir se queda por debajo de sus propias posibilidades de realización o por detrás del nivel de conciencia o comprensión alcanzado en su época. Este período de conciencia después de la muerte tendría como objetivo alcanzar el nivel de realización que no consiguieron en vida. Para llegar a esta opinión le ha resultado fundamental la observación de los sueños sobre muertos, propios o ajenos.

En lo que tiene que ver con la reencarnación, como tercera cuestión, valora enormemente su aceptación como algo evidente en una cultura espiritual tan antigua y tan diferenciada como la de la India. Sin embargo, al no disponer de evidencia empírica suficiente, no se atreve a sostener ninguna opinión concreta al respecto.

Por último, le llama la atención que la mayoría de las informaciones de quienes sostienen haber tenido encuentros con espíritus de muertos refieran experiencias angustiosas con espíritus tenebrosos y que “el país de los muertos” sea indiferente al dolor de la soledad. Este mundo le parece mucho más unitario que el “otro”. Es posible que en aquél existan también ciertas delimitaciones y que las almas vayan descubriendo paulatinamente las condiciones necesarias para salir de él. Un “Debe creador” probablemente decide cuáles tienen que volver a sumergirse en el nacimiento, pues para ciertas almas la existencia tridimensional se hace más dichosa que la eterna. Para las que hayan logrado un nivel de perfección suficiente, sería posible acceder a un estado semejante al nirvana budista.

Con respecto a su propia muerte, casi a los 86 años, habría que decir que la esperaba con tranquilidad creciente. En una carta de Ruth Bailey, su ama de llaves entonces, a Miguel Serrano se narran sus conversaciones de los últimos días. Está escrita el 16 de Junio de 1961, apenas diez días después de su muerte:

Durante los dos últimos días vivía ya en un mundo lejano y veía en él cosas maravillosas y soberbias que yo soy incapaz de describir. A menudo sonreía y era feliz. Cuando nos sentamos por última vez en la terraza, habló de un sueño beatífico que había tenido; dijo: ‘Ahora conozco la verdad, y sólo me resta por saber una pequeña parte de ella. Cuando la conozca, estaré muerto’. Después tuvo todavía otro sueño que me contó por la noche. En él vio un gigantesco bloque de piedra redondo que se hallaba sobre un elevado pedestal. Al pie de la piedra había grabada una inscripción: ‘En conmemoración de tu totalidad y unidad’.

(Citado por Wehr, 1991, p.432).

Su agonía y deceso fue “sabido” por muchos amigos cercanos y lejanos antes que la noticia se difundiera. Los sueños fueron registrados. Y continúa A. Jaffé:

Un par de horas después de su muerte se oyeron violentos truenos y un rayo alcanzó un alto álamo en el jardín, junto al lago, donde él solía sentarse. El rayo penetró el tronco, llegó a la tierra y movió las pesadas piedras de un bajo parapeto. De la herida abierta que había dejado en la corteza, corté un trozo de floema. Luego el jardinero detuvo la herida con resina y aún hoy el árbol sigue vivo.

(Jaffé, 1992, p.144).

2.- MODELO ANTROPOLOGICO SUBYACENTE

El año 1981(a), Antonio Vázquez, profundo conocedor de la obra de C.G. Jung, publica un cuidadoso estudio sobre la antropología subyacente en su psicología. En escritos posteriores (1989 y 1994) regresa al tema, siempre de manera breve pero sintetizando y puntualizando aspectos importantes. De los estudiosos de la obra de Jung es el único que, hasta la fecha, ha realizado tal esfuerzo. Por eso, nos apoyaremos en sus trabajos para presentar este apartado.

Desde su punto de vista, el modelo antropológico jungiano se caracterizaría por ser:

a) Evolutivo-vitalista

El desarrollo del ser humano sigue las mismas leyes que imperan en toda la naturaleza viviente. Como en las semillas, todo está ya dado desde un comienzo esperando las condiciones favorables para su actualización. El inconsciente colectivo o arquetípico, que es fruto de la evolución de la especie, provee la información y la energía necesarias.

La bellota puede llegar a ser un roble, pero no un burro. La Naturaleza continuará su camino. Un hombre o una mujer serán lo que él o ella son desde el principio.

(Jung a Evans, {1957}, 1968, p.130)

Pero volviendo a su pregunta sobre la importancia de analizar los propios sueños, me parece que la única cosa importante es seguir a la naturaleza. Un tigre debe ser un buen tigre; un árbol, un buen árbol. Así, el hombre debe ser hombre. Pero para saber lo que el hombre es, se debe seguir a la naturaleza y caminar solo, admitiendo la importancia de lo inesperado. Entretanto, nada es posible sin amor, ni siquiera los procesos de la alquimia, porque el amor nos pone en un estado de ánimo que permite arriesgarlo todo y no retener elementos importantes.

(Jung en McGuire y Hull, {1959}, 1982, p.355)

Este proceso evolutivo se puede observar estudiando el desarrollo infantil. El bebé vendría al mundo, en plena inconsciencia e indiferenciación, pero lleno de posibilidades específicas representadas por los arquetipos. Poco a poco irá surgiendo la conciencia y se desplegarán los dúos contrapuestos que estaban antes en el *unus_mundus* uterino.

Una precisión importante: el impulso vital que conduce a la hominización es bipolar y bidimensional. Está formado por un doble principio *instintivo-espiritual* que explica tanto las conductas básicas (comer, dominar, reproducirse, etc.) como aquellas creadoras de valores culturales.

b) Energético-finalista

La psique humana es un sistema energético que se está autorregulando constantemente a través de múltiples mecanismos de feed-back homeostáticos. En ello juegan un importante papel los dúos de contrarios: *consciente-inconsciente, progresión-regresión, extraversión-introversión, persona-alma, ego-sombra, instinto-espíritu, etc.*

Este energetismo es finalista y prospectivo porque está al servicio del desarrollo de la vida del individuo y de la especie.

El hecho evidente de la diferenciación y el desarrollo no puede explicarse totalmente por la causalidad, sino que obliga a recurrir al enfoque finalista, que el hombre ha creado junto al causalista en su desarrollo psíquico. La concepción finalista concibe las causas como medios para un fin. El problema de la regresión constituye un ejemplo simple: causalmente, la regresión está condicionada, por ejemplo, por la “fijación a la madre”; finalísticamente, en cambio, la libido regresa a la *imago* de la madre, para hallar allí las asociaciones mnemónicas que permiten al desarrollo pasar, digamos, de un sistema sexual a un sistema espiritual.

(Jung, [1928], vol. 8, nº42-43)

La energía psíquica es neutra, no “sexual” como en Freud, emerge de la polaridad *instintivo-espiritual* y fluye acausalmente por todos los niveles de la personalidad. Puede ser transformada en forma ilimitada gracias al *símbolo* y al gran sistema de símbolos que es la cultura. La que a su vez, no sólo es una gran “central transformadora de energía” sino también una gran productora de símbolos.

Por otra parte, se puede entender este modelo como “*supefuncionalista*” o de doble adaptación, puesto que se considera al individuo necesitado de acomodarse tanto a las exigencias externas (mediante la progresión de la energía y la extraversión) como a las del mundo interior arquetípico (mediante la “regresión evolutiva” y la introsión).

c) Dual-inmanentista

Todo el *proceso de individuación*, de hacernos el ser humano que auténticamente somos, se lleva a cabo dentro del sujeto. Su prototipo es la relación dual madre-hijo. El inconsciente colectivo es la matriz creadora desde donde emergió la conciencia y su centro, el *yo*. Así como el hijo recibe alimento, calor y protección de la madre, de la que también se va diferenciando corporal y psicológicamente, así el ego respecto del inconsciente arquetípico. Y nunca puede cortar totalmente con él porque si pierde contacto con la fuente vital (“inflación yoica”) la persona se unilateraliza, se desarraiga y se desequilibra.

Si, pero Freud no vio que ese código (el super-yo) es innato, que lo tiene en sí mismo. Pues en caso contrario no podría haber equilibrio en el individuo. ¿Y quién demonios inventó el decálogo? No fue inventado por Moisés. Pero existe una verdad eterna en el propio hombre, porque él se controla a sí mismo.

(Jung en McGuire y Hull, {1957}, 1982, p.262)

Poseemos el medio de comparar al Hombre con otras “animalias” psíquicas y darle a él un nuevo lugar, el cual arroje luz objetiva sobre su existencia; es decir, como un ser operado y movido por fuerzas arquetípicas en lugar de su “libre voluntad”; esto es, por su arbitrario egoísmo y su limitada conciencia. El debería aprender que no es el dueño de su propia casa y que tiene que estudiar cuidadosamente el otro lado de su mundo psíquico, el cual parece ser el dueño de su destino.

(Jung a Serrano, {1960}, 1974, p.88).

3.- TOPICA Y ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD

a) LA TOPICA

Simplificando un tanto las cosas, podríamos decir que para Jung se pueden distinguir tres niveles de profundidad en la psique (término que como ya dijimos, se puede considerar equivalente al de personalidad). Enumerándolos según su grado de profundidad, ellos son: el nivel consciente, el nivel inconsciente personal y el nivel inconsciente colectivo.

1º) El Nivel Consciente

Corresponde a la parte de la psique especializada primariamente en las relaciones con el mundo exterior. Aunque también puede volverse hacia el mundo interior para intentar recoger los aportes de los niveles inconscientes o captar su funcionamiento. Se podría comparar con el foco que alumbra para poder ver tanto como con el ojo que mira, pero sumados al procesador de la información que busca y recoge.

Se ha desarrollado a partir del inconsciente, diferenciándose de él y está conformado como un campo de representaciones y afectos disponibles al sujeto. Viene a ser como un pequeño islote en comparación con el océano de los niveles inconscientes. Islote bastante frágil por cierto, puesto que suele desaparecer en el sueño de las noches, disgregarse en las fantasías y ensoñaciones cotidianas o escindirse en los múltiples trastornos psicológicos.

Tiene, sin embargo, la capacidad de establecer categorías a partir de lo indiferenciado inconsciente y luego hacer distinciones progresivas para discernir lo verdadero de lo falso, de precisar conceptualmente o de hacer aplicaciones tecnológicas para el dominio de la naturaleza. Dice Jung:

Y sin embargo, la conquista de la conciencia fue la fruta más deliciosa del árbol de la vida, el arma mágica que dio al hombre el triunfo sobre la tierra y que esperamos le facilitará la victoria, mayor todavía, sobre sí mismo.

(Jung, [1934], vol.10, nº289)

Está estructurado en torno al *complejo del yo* -del que luego hablaremos-, y posee una cantidad de energía propia a su disposición con la que puede actuar también en forma complementaria a la de los niveles inconscientes. La conciencia dispone además, desde el punto de vista funcional, de cuatro *funciones de orientación* existentes congénitamente en todo individuo. Ellas son: el *pensamiento*, el *sentimiento*, la *percepción* (o sensación) y la *intuición*. Las dos primeras que actúan haciendo estimaciones cognitivas y afectivas respectivamente, se consideran racionales. Las otras dos, que no emiten juicios, sino que captan la información externa (del medio) e interna (de la subjetividad) respectivamente, se consideran a-rationales o i-rationales.

Ninguna de las funciones que componen cada uno de estos dos pares suele operar simultáneamente. En el primero porque sus ópticas estimativas, la valoración racional y el juicio afectivo, son diferentes y tendientes a la exclusión. En el segundo, porque la percepción opera mediante la captación sensorial objetiva de lo real mientras que la intuición lo hace mediante una captación no sensorial sino instantánea, gúestáltica, “instintiva” y comprensiva de los datos. Por otra parte, es preciso señalar que, en cada individuo, existe una función dominante -más

diferenciada-, mediante la cual se orienta en el mundo y se relaciona con la realidad. Esta función es también clave para determinar su tipo psicológico.

La función dominante pertenece plenamente a la conciencia, mientras que su opuesta será la inferior que se ubicará en el inconsciente personal. Las dos funciones restantes serán en parte conscientes y en parte inconscientes. Una de ellas adquirirá una diferenciación relativa y se convertirá en función auxiliar de la principal. Idealmente, sin embargo, en una persona madura podrían llegar a diferenciarse las cuatro. Por el contrario, la rigidez en el sólo uso de la principal puede conducir a la neurosis.

2º) El Nivel del Inconsciente Personal

El inconsciente personal se forma al curso de la ontogénesis e historia personal del individuo y está constituido por todo aquello que, perteneciendo a lo anecdótico e histórico del sujeto, no está asumido por su conciencia. Según Jung:

El inconsciente personal es depositario de todos aquellos contenidos psíquicos que han sido olvidados en el transcurso de la vida... Además contiene todas las impresiones subliminales o percepciones cuya energía es demasiado pequeña como para poder alcanzar la conciencia. A eso se añade aún la combinación inconsciente de representaciones que todavía son excesivamente débiles para poder traspasar el umbral de la conciencia. Por último, también encontramos en lo inconsciente personal todos aquellos contenidos que se muestran incompatibles con la actitud consciente.

(Jung, [1920/1948], vol.8, nº588)

Aunque son partes integrantes de la personalidad, estos componentes no son de por sí graves. Se trata más bien de simples *complejos* o contenidos psíquicos independientes de la conciencia, que funcionan autónomamente y que pueden o no llegar a estimular, inhibir o modificar sus producciones. Por eso, es perfectamente posible llegar a convivir con ellos en la medida que no impliquen mutilaciones del comportamiento consciente.

Estos complejos inconscientes se hallan constituidos por un núcleo portador de significación, en torno al cual, y gracias a su fuerza atractiva o constelativa, se conectan numerosas representaciones asociativas, ligadas entre sí por un tono afectivo o emotivo único. En su conjunto, vienen a formar como los nudos o constelaciones reticulares de la estructura del inconsciente personal (a semejanza de los arquetipos en el inconsciente colectivo).

En sus inicios, Jung los llamó *complejos afectivos* por su fuerte carga emocional y los comparó con los genios o diablejos del folklore en cuanto tienden a “personificarse”, separarse del *yo* y escindir la personalidad. Sin embargo, como ya dijimos, suelen ser manifestaciones normales de la vida psíquica y dependerá de su comportamiento el juicio de valor que en cada caso hagamos de ellos. Ya los volveremos a encontrar cuando tratemos el tema de la psicopatología.

3º) El Nivel del Inconsciente Colectivo

Cuando Jung habla del inconsciente casi siempre se está refiriendo a este estrato, su gran descubrimiento, aunque suele reconocer predecesores en filósofos y psicólogos.

Lo llama colectivo para diferenciarlo del individual puesto que su naturaleza es universal. Es decir, sus elementos y disposiciones comportamentales son los mismos en todos los seres humanos de todos los sitios. Dice Jung:

En otras palabras, es idéntico a sí mismo en todos los hombres y constituye así un fundamento anímico de naturaleza suprapersonal existente en todo hombre.

(Jung, [1935], vol.9/1, nº3)

Se trata pues de una realidad anímica objetiva y de carácter psicoide o pre-psíquico, que se expresa en lo psíquico sólo a través de sus manifestaciones. Contiene tanto los instintos como los arquetipos, o sea los impulsos energéticos tanto como las “formas estructurales” que los configuran y que vienen desde el polo espiritual contrapuesto. También está estructurado en capas o niveles que cuanto más se alejan de la conciencia más se automatizan, más se universalizan y más inalcanzables son.

El inconsciente -o lo que nosotros designamos con este nombre- se presenta al autor en su aspecto poético, aunque yo lo perciba mayormente en su aspecto científico o filosófico o quien sabe si con más exactitud en el religioso. El inconsciente es sin duda la *Pammeter* la Madre de Todo (es decir de toda la vida psíquica), es la matriz, el fondo, el fundamento de todos los fenómenos diferenciados que nosotros llamamos psíquicos: religión, ciencia, filosofía, arte. Su experiencia -en cualquier forma que sea- es una aproximación a la totalidad; justamente esa experiencia que se encuentra ausente en nuestra civilización moderna. Es la vía regia al *Unus Mundus*.

(Jung a Serrano, {1959}, 1974, p.74)

Podría entenderse el inconsciente colectivo como una colección organizada de *arquetipos* o, si se prefiere, como una red de esquemas dinámicos o de estructuras predisposicionales del psiquismo. Este conjunto configura un extenso campo de fuerzas autónomas o de posibilidades latentes que actúa, en cierta forma, como principios directivos de la mente humana. Los arquetipos son pues modelos, esquemas vacíos de contenido, posibilidades latentes dadas a priori para orientar la conducta. Y **no** son representaciones, ni símbolos, ni imágenes, sino **posibilidades** de representación que pueden expresarse en imágenes simbólicas universales dando así soporte para el proceso de simbolización. Así se refiere Jung a ellos en una entrevista:

Un arquetipo siempre es una especie de drama abreviado. Empieza de tal y tal forma, se extiende a tal y tal complicación y encuentra su solución de tal y cual manera. Vea, por ejemplo, el instinto de construcción de un nido en las aves. En la forma como construyen el nido existe un principio, un medio y un fin. Los nidos son hechos para recibir sólo un determinado número de crías. El fin ya está previsto. De aquí la dureza de los arquetipos. No existe el tiempo, es una condición atemporal donde el comienzo, el medio y el final son lo mismo; aparecen en un solo punto. Esto es sólo un indicio de lo que el arquetipo puede hacer, sabe usted; pero ésa es una cuestión muy complicada.

(Jung a Evans, {1957}, 1968, p.61)

El inconsciente colectivo, también llamado transpersonal, es además el fundamento racial y heredado de la personalidad que permite al individuo la posibilidad de experimentar la realidad y de responder a ella, con las mismas fórmulas básicas con que lo hacían las generaciones pretéritas. En este sentido, la configuración arquetípica del inconsciente colectivo resulta análoga a los patrones instintivos observados por la Etología en el estudio del comportamiento animal. Aunque en este caso la canalización de la energía psíquica se hace en formas básicas, típicas y regulares que podríamos llamar acciones “espirituales” o propias y distintivas de la especie humana. Por eso, estas formas prototípicas de acción espiritual, de experiencia y de emoción, podrían ser también denominadas por analogía “instintos espirituales”.

En cuanto a la génesis de este nivel de la personalidad, Jung sugiere que se ha ido constituyendo en el transcurso del proceso filogenético. En forma paralela y en correspondencia a la estructuración del organismo y en particular del cerebro, donde se inscribiría. Sería una especie de archivo secreto donde estarían las fórmulas que la especie -desde el homo sapiens, los homínidos y antes- ha elaborado tras enfrentar miles de millones de veces

experiencias típicas de relación con el mundo, con los otros, consigo mismo y con la percepción de la inconsistencia radical de la existencia (lo Otro).

b) FACTORES ESTRUCTURALES

En este apartado trataremos sólo los principales elementos estructurales de la psique según el pensamiento de Jung. Haremos su presentación por pares para facilitar la comprensión y, al mismo tiempo, seguir más de cerca su modo de razonar.

1) El Sí-mismo (o Selbst) y el Yo (o Ego)

Se podría decir que constituyen la pareja de componentes centrales y centralizadores de los niveles tópicos que hemos visto antes. El primero lo es del inconsciente (y de la psique) y el segundo lo es de la conciencia. Pero eso no quiere decir que sean independientes, puesto que el *yo* depende del *selbst*.

Jung presenta por primera vez el concepto de Sí-mismo en el libro escrito con R. Wilhelm *El Secreto de la Flor de Oro* y publicado en 1929. Estudia allí la *unión de los contrarios* representados por el *ying* y el *yang* (simbolizados en el dibujo chino *taigitu*) y el *tao* como camino de integración/armonización de los opuestos. También ve en los *mandalas* tibetanos una manifestación de este arquetipo central pues aparecen en los dibujos de sus propios pacientes cuando empiezan a sanar.

El *Sí-mismo* viene a ser entonces como el centro de gravedad existencial de la persona y donde se originan y se integran todas sus potencialidades. Tiene una dimensión de totalidad potencial y, por otra parte, de centro unificador de todas las polaridades existentes en la psique. Considera tanto el eje aportado por la especie a sus individuos como lo más central que cada individuo es. Representa el punto donde conseguimos la máxima identificación con toda la humanidad (y con el cosmos) así como la máxima identidad personal.

En otro sentido, corresponde tanto a las capacidades que ya hemos desarrollado como a las que aún podemos actualizar. Es un principio organizativo y directivo que incluye tanto el pasado como el futuro y finalidad de la personalidad. Dice Jung en una entrevista:

Eso que yo llamo el Sí-mismo es un centro ideal, equidistante entre el yo y lo inconsciente, equivaliendo, pudiera ser, a la expresión máxima y natural de una individualidad, a su cumplimiento o complementación, a su totalidad. La naturaleza aspira a expresarse, agotando sus posibilidades. El hombre, igual. El Sí-

mismo es esa posibilidad de complementación, de totalidad. Por consiguiente, es un centro ideal, una creación, un sueño de la naturaleza.

(Jung a Serrano, {1959}, 1974, p.59)

También se le puede considerar un sintetizador de contradicciones tanto como una forma paradójica de encontrar orientación en la vida. Por eso, llega a constituirse en el auténtico fundamento de la conciencia moral puesto que si se asumen sus demandas internas se asumen simultáneamente la conveniencia de la totalidad del sujeto y la de todo el género.

Por último, habría que destacar que se le interpreta también como el arquetipo de la divinidad o *imago dei* interior porque conecta psicológicamente al ser humano con un fundamento numinoso y absoluto que responde a sus vivencias de total relatividad en el mundo. Afirma Jung en una entrevista con el chileno Serrano:

-El Sí-mismo es un círculo mágico cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna- dice, recitando la sentencia en latín. ¿Y sabe usted qué es el Sí-mismo para el hombre occidental? Es Cristo. Cristo es el arquetipo del héroe, la aspiración suprema. ¡Ah, todo esto es misterioso, y a veces hasta asusta!

(Jung a Serrano, {1959}, 1974, p.64)

Por su parte, el conjunto de representaciones que configuran el centro mismo del campo de la conciencia o, si se prefiere, el *sujeto* de la actividad consciente, constituye el sistema del *yo* (o *ego*). Toda la estimulación procedente del mundo interior y de la realidad exterior debe atravesar el filtro selectivo yoico para poder ser experimentada y vivenciada en el nivel consciente. En este sentido, el *yo* puede entenderse como el organizador de la conciencia con una función mediadora muy importante entre estos dos mundos. Su tarea principal consiste en facilitar la realización (o autorrealización) del individuo en un medio cambiante.

Entre sus recursos más importantes se pueden apuntar las cuatro funciones de orientación de la conciencia que ya tratamos, el lenguaje, la imaginación, la memoria y muy especialmente la voluntad. A través de ellas da cauce a la energía propia con que cuenta.

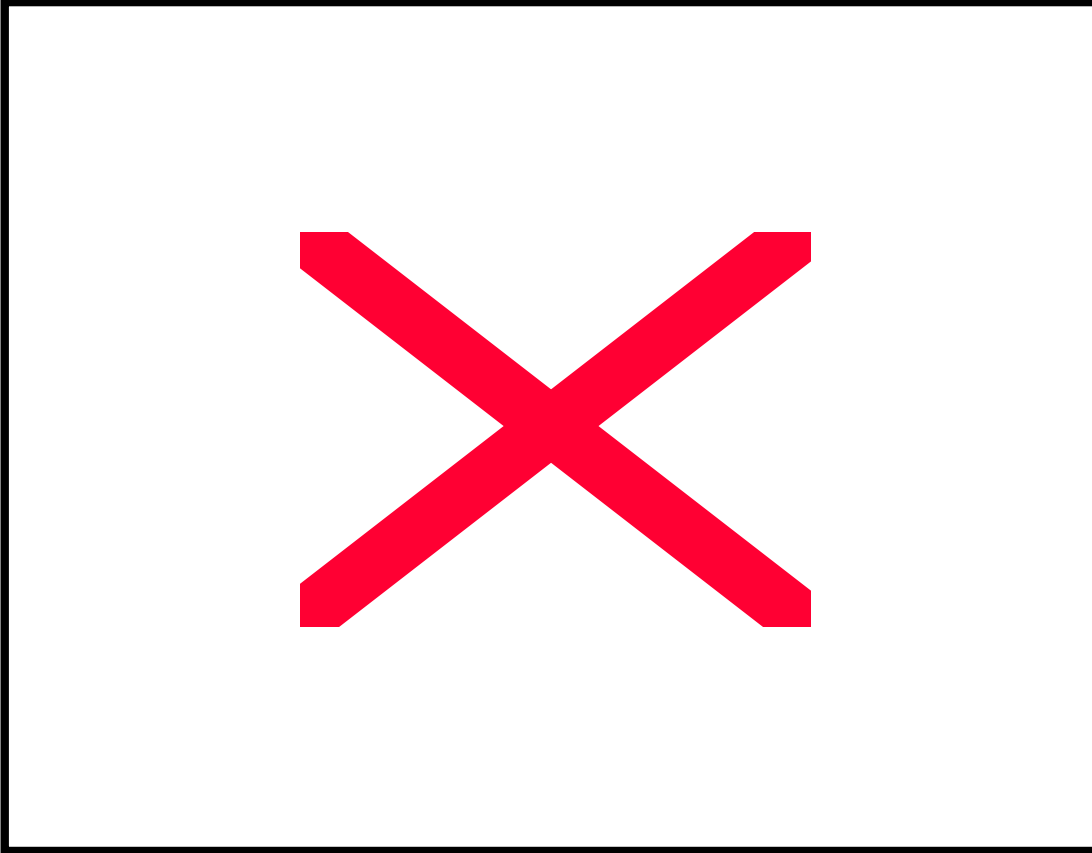


FIGURA 1: LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD

Tomado de Vázquez, 1986, p. 158

También Jung se interesó por estudiar las disposiciones actitudinales del *yo*. En su conocida obra *Tipos Psicológicos* de 1921, hace un largo recorrido por la historia del pensamiento humano -filosófico, teológico, artístico y psicológico- para llegar a concluir que existen sólo dos tipos de disposiciones generales básicas: la *extraversión* y la *introversión*. En el caso de la primera, el sujeto valora mucho más los objetos del mundo externo y se orienta por esa valoración. En el caso de la segunda, el sujeto valora más su propia interioridad y se orienta por sus apreciaciones subjetivas de los objetos.

Combinando estas dos disposiciones actitudinales con las cuatro funciones de orientación de la conciencia, que ya expusimos antes, se obtienen los ocho tipos psicológicos fundamentales: cuatro extravertidos y cuatro introvertidos. No nos parece necesario abundar mucho más sobre este tema, por ser la parte de la obra jungiana más divulgada y conocida. En todo caso, en cualquiera de las obras de presentación del pensamiento de Jung se puede encontrar un resumen más o menos extenso sobre esta materia.

Con respecto a su relación con el *selbst*, como anunciábamos, se le debe considerar como representante y delegado de éste a nivel consciente, para encontrarle cauce y expresión a sus demandas. Por lo tanto, tiene que aceptar su dependencia y colaborar con él. Aunque sin dejar nunca su aporte de lucidez crítica a la personalidad.

Cabe destacar que ésta sería la instancia psíquica más tardíamente adquirida por el desarrollo filogenético de nuestra especie. Incluso en el desarrollo biográfico, recién comienza a aparecer pasados los dos años cuando inicia su diferenciación de la corporalidad de la que, por lo demás, nunca se separará del todo. Luego, seguirá en ampliación por el resto de la vida. En este sentido puede considerársele como la mayor fuente de esperanzas en el desarrollo de las razas y de cada individuo.

2) La(s) Sombra(s)

Representa la “otra cara” del individuo, la parte oculta o aspecto negativo de la personalidad. Los seres humanos normalmente no pueden reconocerla porque radica en el inconsciente. A pesar de lo cual influye, motiva, tiñe o condiciona la conducta y, en general, toda la dinámica de la personalidad puesto que se la suele proyectar en los demás.

La sombra del *yo* contiene lo no admitido o lo rechazado desde la conciencia, es decir gran parte del inconsciente personal. Son excluidos en forma especial los contenidos que atentan contra la autoimagen, el prestigio y los sentimientos de responsabilidad. Y especialmente reprimidos, los impulsos primitivos o animales heredados por cada sujeto de la especie junto con sus automatismos atávicos o primigenios.

La sombra del *selbst* apunta hacia el misterioso problema del mal en el mundo y a sus correspondientes sentimientos de culpabilidad, temas de los que suelen tratar las religiones. En el glosario que está al final de su autobiografía Jung la describe como:

... aquella personalidad oculta, reprimida, casi siempre de valor inferior y culpable que extiende sus últimas ramificaciones hasta el reino de los presentimientos animales y abarca así, todo el aspecto histórico del inconsciente...

(Jung, [1961], 1981, p.419-420)

En general, se podría afirmar que todos los arquetipos tienen “sombra” y que ella es siempre el “polo oscuro” de cualquier manifestación psíquica “luminosa”.

Sin embargo no debe pensarse que para Jung la sombra consista en algo siempre reprobable o desechable. También en ella se pueden encontrar aspectos positivos de la personalidad que han sido descuidados o desatendidos en el proceso de la adaptación social. En este sentido, encerraría también una fuente insospechada de riqueza humana. Y, por otra parte, los impulsos primordiales contienen también una cierta “sabiduría animal” que además de proveer una energía considerable a toda la personalidad, si son bien encauzados por el yo, contribuyen a una sana orientación de toda la psique. Cuando un ser humano intenta suprimir el lado animal de su naturaleza puede llegar a ser “muy civilizado”, pero lo será a costa de la disminución de su espontaneidad, creatividad y profundidad emocional. Sin una buena conexión con la sombra, la vida se torna superficial e insípida.

3) La Persona y el Alma

Estos dos factores complementan y condicionan el eje estructural conformado por los dos primeros. Se puede decir que en cierta manera forman parte de ellos y que también uno está dirigido al mundo social y otro al interno.

La *persona* consiste en la fachada que exhibimos públicamente con la intención de presentar una impresión favorable para ser socialmente aceptados. El origen del nombre está tomado de su etimología latina que significa *máscara* y se refiere a las que usaban los actores de teatro para interpretar un personaje. De este modo representaban la vivencia de un drama o de una comedia, pero sin involucrarse en realidad.

Por supuesto que un individuo puede tener más de una máscara: en la familia, en el trabajo o haciendo deporte, por ejemplo. Pero son todas sus máscaras las que constituyen su “persona”. De esta manera, a medida que el

niño va creciendo y socializándose, va también adquiriendo estas máscaras y conformando este factor estructural. Por eso es que no sólo debe relacionársele con la imagen para otros sino también con la propia autoimagen.

En tanto “personalidad exterior” está al servicio del *yo* permitiéndole graduar sus aperturas al mundo social. Pero si el *yo* se identifica con ella, perdiendo su dependencia del Sí-mismo, el ser humano extravía su realización y termina alienándose.

A pesar de esta evidente relación con el *yo* (hay quien la denomina *yo-convencional*), el núcleo dinámico a partir del cual la máscara se conforma remite a un arquetipo del inconsciente colectivo. Nos referimos a la acumulación de experiencias ancestrales de la humanidad respecto a la funcionalidad utilitaria que proporciona la asunción de un rol social adecuado.

En cuanto al *alma* (ánimus y ánima), se pueden distinguir tres significados en el uso jungiano de este concepto. En su sentido más amplio se refiere a todo lo psíquico en cuanto objeto de estudio de la Psicología, y se contrapone al organismo somático. Aunque ambos forman parte de un todo indisoluble.

En un sentido un poco más restringido, dice relación con “la personalidad interior” y se opone al concepto que ya vimos de *persona*. Constituye:

... el sujeto de mi modo de ser íntimo y profundo, mi verdadera personalidad interior, en gran parte ignorada por el propio *yo* consciente, pero que es la única capaz de configurar el auténtico sentido a mi vida y existencia personal concreta.

(Vázquez, 1981b, p.45)

En su formación se conjugan factores externos (familiares y socioculturales) y factores internos (especialmente raza y etnia). Tendría una función mediadora para comunicar al *ego* con el mundo interior del mismo modo como la *persona* lo adapta al mundo externo. Por lo tanto, le correspondería tanto una dimensión *yoica* como otra arquetípica.

El tercer significado incluye los conceptos de *ánima* y *ánimus* y es el que más se ha popularizado. Especifica el significado anterior puesto que considera las dos posibilidades concretas de representación del alma según el sexo de la persona. Su naturaleza es en parte arquetípica y en parte conformada por las relaciones biográficas con el sexo opuesto.

El *ánima* corresponde al lado femenino de la psiquis varonil y el *ánimus* al lado masculino de la psiquis femenina. Todos tenemos cualidades del sexo opuesto y no sólo en el sentido biológico de segregar hormonas sexuales tanto masculinas como femeninas, sino también en un sentido psicológico de actitudes y sentimientos.

Las mujeres han desarrollado su ánimos a través de la continua exposición de muchísimas generaciones al contacto con los hombres, y cada mujer, sobre esta base, lo ha terminado de configurar durante su propia biografía. Igualmente (pero al revés) en el caso de los hombres. De esta forma, cada sexo ha adquirido características del sexo opuesto que tienen una función compensatoria a las del propio y que facilitan el contacto y la comprensión con el otro.

4.- DINAMICA DE LA PERSONALIDAD

Conviene comenzar esta sección explicando que para Jung la psique es un sistema relativamente cerrado. Esto quiere decir que debemos considerarla como un ente independiente y unitario que dispone de un quantum de energía propia. Dicho de otro modo, la psique es un aspecto real del ser humano que conserva cierta autonomía y también cierta relación con los otros aspectos de éste. El cuerpo, por ejemplo. Y, por otra parte, que si bien recibe y entrega ciertas cantidades de energía del/al medio externo y del/al cuerpo, dispone de una cantidad bastante estable para sí. Los estímulos externos o corporales influyen mas bien en la distribución siempre cambiante de esta energía, pero poco en su monto.

Si la psiquis fuera un sistema cerrado por completo, la energía no fluiría y la personalidad nunca reaccionaría ni cambiaría, estancándose. Por el contrario, si la psique fuera un sistema totalmente abierto no existiría puesto que se confundiría en forma caótica con otros sistemas. Este equilibrio dinámico es también necesario para la salud mental. El ejemplo extremo de cerrazón del sistema psíquico estaría representado por la catatonía y el de la apertura, por la manía.

a) CONCEPCION DE LA ENERGIA PSIQUICA O LIBIDO

Jung parte “des-sexualizando” la libido y asumiéndola como energía vital neutra puramente cuantitativa. La distingue así de la *fuerza* que es ya energía actualizada y manifestada de alguna forma verificable empíricamente. Por ejemplo, la “fuerza” sexual, moral, instintiva o espiritual.

Energía es un concepto por el cual intentamos expresar, por analogía, todas las manifestaciones de fuerza. Ellas tienen una cierta cantidad, una cierta intensidad, existe un flujo en una dirección que tiende a la eliminación de los opuestos, por ejemplo, “alto” y “bajo”. Un lago en una montaña fluye por su vertiente hasta que toda el agua está abajo y se acaba.

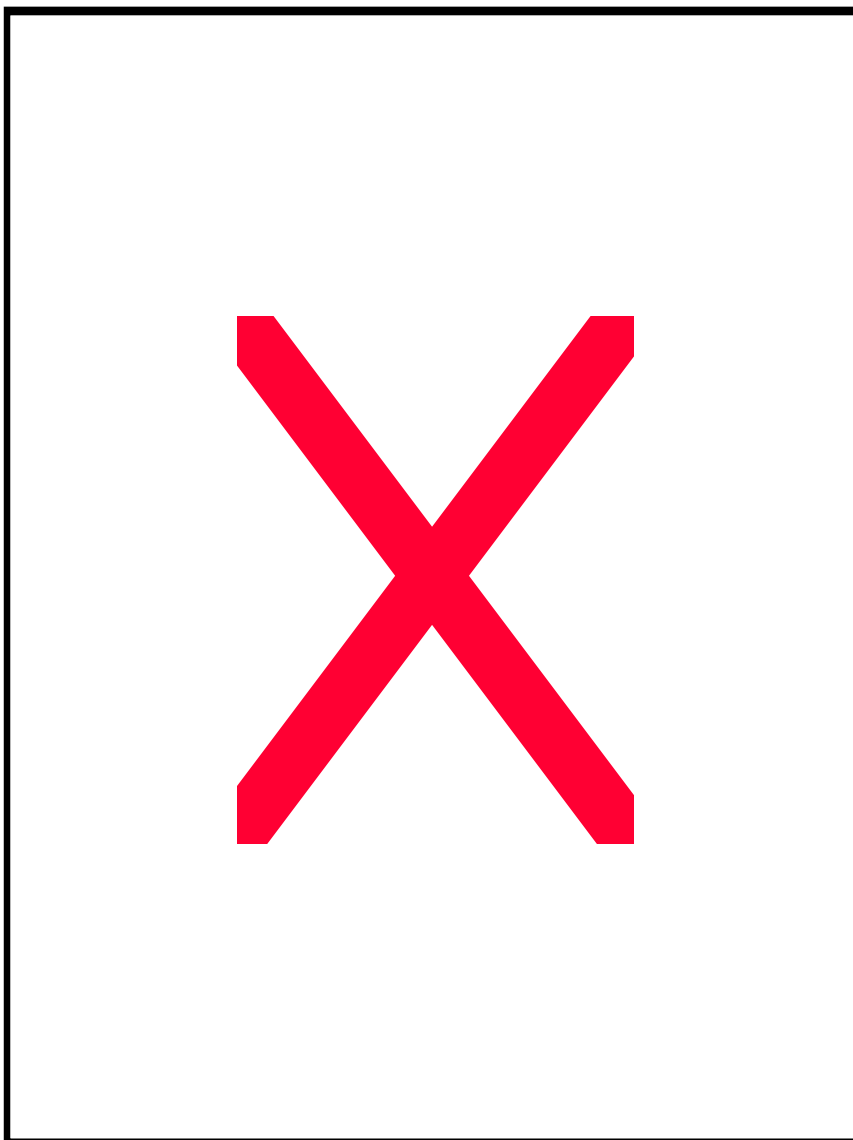
(Jung en McGuire y Hull, {1957}, 1982, p.283)

La energía psíquica sería el motor de toda la vida anímica, aunque incognoscible en sí misma. Su origen estaría en la polaridad humana más básica de todas. Nos referimos a los principios material y espiritual. El primero representado por los instintos y el segundo representado por los arquetipos. Ambos inscritos en el organismo, pero más en los órganos y funciones corporales uno y más en la estructura cerebral el otro. Así, los instintos se expresan mejor en las necesidades somáticas y los arquetipos en las imágenes simbólicas y creaciones culturales.

Sin embargo, ambos son formas de la misma y única energía vital. Como par de opuestos, configuran los gradientes o diferencias de potencial que permiten los movimientos y transformaciones de la libido. De este modo, la personalidad puede adaptarse y desplegarse.

FIGURA 2: PROCESOS ENERGÉTICOS

Tomado de Vázquez, 1986, p. 162



Los diversos movimientos de la libido se regirían por dos leyes que Jung tomó de la Física. La primera es la ley de la *equivalencia*. En síntesis, ella nos viene a decir que cuando la cantidad de energía perteneciente a un elemento psíquico desaparece o disminuye, esa misma cantidad aparecerá en otro u otros elementos psíquicos. Es decir, la energía no se acaba, solamente cambia de ubicación. Por ejemplo, la energía que usamos para actuar en el día se transfiere a la producción de sueños por la noche.

Algunas veces sin embargo, no toda la cantidad de energía es usada por los nuevos elementos. Es el caso de su proceso de transformación que examinaremos más adelante.

La segunda ley es la de la *entropía* y se refiere a la dirección que toman los desplazamientos energéticos. En pocas palabras, ella nos propone una tendencia al equilibrio entre todas las instancias psíquicas. Dicho de otra forma, la energía tiende a desplazarse desde donde hay más hacia donde hay menos hasta que -teóricamente- todas tengan lo mismo. Decimos “teóricamente” porque la psique es un sistema semi-abierto que siempre está siendo impactado por nuevos estímulos energéticos. Es casi imposible por lo tanto que llegara al equilibrio total.

Esta misma ley permitiría también entender las tensiones y conflictos que experimenta una persona cuando las desigualdades energéticas entre pares de opuestos, por ejemplo, son muy grandes. Pero también, permitiría entender la solidez de la síntesis cuando se produce la igualación. En todo caso, cuando una estructura absorbe demasiada energía tiende a autonomizarse y a manifestarse patológicamente. Sin embargo, como todo estado contiene también a su opuesto, suele suceder que llegado a un punto crítico se produzcan violentos cambios de sentido en una dirección opuesta a la que llevaba el flujo energético. Es lo que Jung ha denominado el principio de la *enantiodromía*, siguiendo al antiguo filósofo Heráclito. Una variante de la entropía, o una especificación de ella, que contribuye a la autorregulación.

Como podemos observar, la existencia de la compleja red de pares de opuestos es de vital importancia no sólo para entender la génesis de la energía sino también sus movimientos.

b) LOS MOVIMIENTOS DE LA ENERGIA PSIQUICA

Podemos entender mejor estos movimientos energéticos si consideramos su funcionalidad adaptativa. Existirían desde este punto de vista, y considerando la perspectiva del tiempo, dos flujos primarios, comparables a la sístole y a la diástole cardíacas, que Jung denomina progresión y regresión.

La *progresión*, o movimiento hacia delante, permite la adaptación a las condiciones del mundo exterior para que el sujeto pueda mantenerse como tal. La *regresión*, o movimiento hacia atrás, consiste en la adaptación a las exigencias del mundo interior para que el sujeto pueda realizarlas. Así, toda acción intencionada, por ejemplo, evidenciaría la preminencia de la primera y toda reacción emocional manifestaría la de la segunda.

Sin embargo, cualquiera de las dos puede ser evolutiva, si facilita el desarrollo del individuo, o involutiva, si lo dificulta o lo retrotrae. Por otra parte, ambas están en relación compensatoria y cuando alguna de las dos llega hasta un cierto punto límite se detiene y refluye en la dirección opuesta, siguiendo el ya mencionado principio de la enantiodromía. Un buen símil de lo que estamos explicando sería el oleaje de las aguas marinas en las playas.

Estos dos flujos permanentes de la energía son distintos de las también dos disposiciones fundamentales del *yo*: la extraversión y la introversión. Ellas están relacionadas con los movimientos dentro-fuera de la psiquis y corresponden más bien a la manera en que cada individuo típicamente responde a lo que le llega desde la realidad exterior o desde el mundo interno. Constituyen algo así como un hábito de reacción que condiciona sustancialmente todos los procesos psíquicos.

De hecho, tanto la progresión como la regresión ocurren en las personas extravertidas o introvertidas. A la inversa, sin embargo, no hay extroversiones ni introversiones que formen parte de la regresión o de la progresión. Aunque muy probablemente cada uno de estos dos tipos valorará en modo muy distinto sus vivencias adaptativas hacia dentro y hacia fuera.

c) LAS TRANSFORMACIONES DE LA LIBIDO

Como ya insinuamos anteriormente, la energía psíquica puede manifestarse como muchos tipos de fuerza, en los diferentes niveles y estructuras de la personalidad. Sin embargo, hay un tipo de transformación que merece ser considerado con más detenimiento.

Dice Jung que en el animal humano se producen sobantes de energía que no son empleados en la satisfacción de las necesidades instintivas. Estos sobantes pueden ser transformados en conciencia y puestos al servicio de la realización humana espiritual.

La gran máquina transformadora son los *símbolos*. Para eso, ellos canalizan parte de la energía instintiva actuando como un medio análogo al objeto del instinto. Es decir, se presentan como sustitutos parciales de su finalidad. Por ejemplo, las tribus primitivas solían realizar ritos y danzas antes de empezar una cacería. Estos ritos

simbólicos imitan la cacería, pero no la reemplazan, y sin embargo preparan para ella aumentando también la conciencia respecto de los procedimientos usados. De esta manera, se puede anticipar una realidad sólo presentida en una forma de significación no conceptualizada.

El símbolo afecta a la personalidad total porque en su formación interviene la imaginación creadora y todas las funciones de la conciencia. Y su eficacia transformadora radica en la numinosidad arquetípica de la que es portador. A través de ella permite al individuo pasar de una disposición anímica disociada a una disposición anímica sintética que le aporta sentido vital existencial.

De esta manera, el ser humano puede ir construyendo y desarrollando la cultura.

5.- DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Para lograr comprender la progresiva realización del individuo, Jung siempre considera la interacción entre la dimensión arquetípica y la dimensión biográfica de la personalidad. Una, porque da cuenta de las posibilidades de la especie y la otra, porque aporta las peculiaridades de cada sujeto. Sin embargo, estos dos aspectos no tienen siempre igual relevancia. En algunos períodos de la vida predomina más alguno o se interrelacionan de manera diferente.

En este sentido, nuestro autor presenta varias aportaciones interesantes, pero son dos las que nos parece más necesario destacar. La primera es la que se refiere a las grandes etapas de la vida, y la segunda, la que dice relación con el así llamado “proceso de individuación”.

a) PSICOLOGIA DEL AMANECER Y DEL ATARDECER

A diferencia de otros autores, Jung no dedicó sus mayores esfuerzos a la comprensión de la psicología infantil. Para él los niños viven en una especie de identidad psicológica con los padres. Sus problemas son reflejo de los problemas paternos. Poco a poco, sin embargo, van diferenciándose de ellos a medida que cobran conciencia de sí, especialmente en la pubertad. Desde ese punto ya se puede decir que tienen un *ego* relativamente autónomo.

La perspectiva jungiana es mucho más amplia pues intenta abarcar toda la vida humana. Por eso, prefiere darle relevancia a la consideración de dos grandes etapas en el desarrollo: la que comprende aproximadamente la primera mitad de la vida (hasta los 35-40 años), y la que abarca la segunda mitad aproximadamente (desde los 50-55 años y hasta la muerte). Entre ambas se ubica la crisis del mediodía o del solsticio. Estas dos etapas (y la crisis intermedia) se caracterizan por un funcionamiento psicológico muy diferente que llamó *psicología del amanecer* y *psicología del atardecer*, respectivamente. Conviene hacer notar que estas expresiones están tomadas del ciclo y mito solar en coherencia con su perspectiva arquetípica.

1) Psicología del amanecer

Como ya dijimos, abarca desde el nacimiento hasta los 35-40 años. Predomina en ella la llamada de la vida los deseos de abrirse paso en el mundo, de ser “alguien”, de tener una red de relaciones, de emparejarse y reproducirse, etc. Es decir, es un período fuertemente extravertido donde el movimiento progresivo de la energía psíquica tiene mayor fuerza y, en general, las dimensiones biográfica e instintiva cobran mayor relevancia.

Para el joven que todavía no se adaptó ni ha obtenido éxito en la vida, es extremadamente importante formar su yo consciente de la manera más eficaz posible, esto es, de educar su voluntad. A no ser que sea un genio, no debe ni suponer que algo esté actuando dentro de él que no se identifique con su voluntad... Conviene que hasta desvalore las otras cosas dentro de sí, o que las considere dependientes de su voluntad, pues sin esta ilusión probablemente no conseguiría ajustarse socialmente.

(Jung, [1929], vol.16, n°109)

2) Crisis del solsticio

Entre los 35-40 y los 50-55 años. Corresponde al momento en que todos los éxitos y fracasos de la etapa anterior dejan de ser importantes para la persona. El trabajo, la pareja, el status, se convierten en algo rutinario. Aparece con una fuerza inusitada la pregunta por el *sentido* de todo cuanto se hace y ha hecho; y la sensación de vacío se generaliza. Es el momento en que las demandas del yo profundo, el *selbst*, se hacen sentir, pues hasta ese momento el centro de la vida lo ha tenido el *ego*. Y lo que satisface a uno no es lo mismo que requiere el otro. La persona debe pues volverse sobre sí misma y entrar en su mundo interior.

Una cita del diario íntimo de Jung, el renombrado y poco conocido *Libro Rojo*, escrito precisamente en la época de su crisis personal, ilustra muy bien esta situación:

Colmado de orgullo humano y enceguecido por el presuntuoso espíritu de los tiempos, busqué durante mucho tiempo mantener al otro espíritu alejado de mí. Pero no me detuve a considerar que el espíritu de las profundidades desde tiempos inmemoriales y para siempre poseía un poder mayor que el espíritu de los tiempos, que cambia con las generaciones y se marchita con las flores de verano... El espíritu de las profundidades cogió mi entendimiento y todo mi conocimiento y los colocó al servicio de lo inexplicable y paradójico, o más bien, lo que así les parecería a las personas de esta época. Me robó el poder para hablar y escribir acerca de nada que no estuviera a su servicio, es decir al servicio de la fusión del sentido y la insensatez... A los cuarenta años había logrado todo lo que había deseado cuando niño. Había ganado fama, riqueza, conocimiento y la mejor fortuna humana. Luego mi deseo de aumentar estas cosas buenas se detuvo, el deseo se retiró... Sentía al espíritu de las profundidades, pero no lo comprendía.

(Citado por A. Jaffé, 1992, p.159).

3) Psicología del atardecer

Que va desde los 50-55 años en adelante. Predomina ahora la llamada de la muerte y no sólo porque el individuo empieza a tomar conciencia creciente de su fin sino porque ha tenido, y sigue teniendo, experiencias “de muerte”: pérdidas de capacidad física y sexual, separación de los hijos, muerte de familiares y amigos, cambios de trabajo o de ciudad, etc.

Aparece ahora el mundo interior del espíritu como la única alternativa válida de trascendencia y aporte verdadero a la construcción de la cultura. En otras palabras, estamos ante un período fuertemente introvertido, donde el movimiento de la energía psíquica que predomina es el regresivo y, en general, la dimensión arquetípica (y espiritual) cobra la mayor relevancia.

Ahora ya no tiene necesidad de educar su voluntad consciente, pero necesita de la experiencia de su propio ser para entender el sentido de su vida individual. Para él, la utilidad social ya dejó de ser un fin, aunque no le niegue valor. Siente su actividad creadora -cuya inutilidad social le parece evidente- como un trabajo que le resulta benéfico. Su actividad también lo va liberando progresivamente de una

dependencia insana; con eso va adquiriendo firmeza interior y renovando su autoconfianza. Estas últimas conquistas, a su vez, revierten en nuevos beneficios para la vida social del paciente. Pues una persona interiormente segura y autoconfiada está mejor preparada para sus funciones sociales que alguien que no está bien con su inconsciente.

(Jung, [1929], vol.16, nº110)

Obviamente, a estos dos períodos corresponden también dos formas diferentes de enfermar psicológicamente y, por lo tanto, diferentes formas también de psicoterapia. Volveremos sobre esto en el próximo capítulo.

b) EL PROCESO DE INDIVIDUACION

Este es sin ninguna duda el tema central de toda la psicología jungiana. Dentro de él se explican y conjugan todos los elementos que hemos venido considerando a lo largo de este capítulo. Se trata, en principio, de una tendencia espontánea, natural y autónoma, de origen inconsciente. Constituye el paralelo psicológico del proceso de crecimiento y transformación corporal. Su meta es la realización plena de la personalidad total o, dicho de otro modo, la autorrealización del individuo. Implica el encuentro con el *sí-mismo* y, por lo tanto, el logro de una identidad única al tiempo que compartida en todo lo de más auténticamente humano que hay en cada uno de los individuos de la especie.

Como tal, es una meta ideal e inalcanzable por completo, pero que indica el camino a recorrer durante la vida. No debe confundirse con “individualismo”, en el sentido egocéntrico de la palabra porque no tiene nada que ver con realzar el *ego*, sino precisamente con resituarlo y subordinarlo al *selbst*:

La realización consciente de la unión interna requiere terminantemente la relación humana como condición inexcusable, pues sin una vinculación con el prójimo conscientemente aceptada y reconocida no es posible ninguna síntesis de la personalidad.

(Jung, [1946], vol.16, nº444)

La individuación es un “tornarse uno” consigo mismo, y al mismo tiempo con toda la humanidad, en la que también nos incluimos.

(Jung, [1945], vol.16, nº227)

La individuación no nos cierra las puertas del mundo, sino que reúne el mundo para sí.

(Jung, [1947/1954], vol.8, nº432)

Este proceso implica, por una parte, la diferenciación creciente de cada uno de los elementos de la psique y, por otra, también la armonización creciente entre ellos. Especialmente significativo es, en este sentido, el desarrollo de los pares de opuestos y sus interrelaciones e integraciones. Jung titula precisamente *Mysterium_Coniunctionis* a una de sus últimas y más importantes obras dedicada al estudio de la individuación:

La *coniunctio* representa, evidentemente, una imagen arquetípica del desarrollo espiritual humano que expresa, a veces como boda sagrada y a veces como boda mística o alquímica, el deseo más íntimo del ser humano, ya posea una tonalidad mas bien erótica o -cosa que no constituiría una oposición- mas bien religiosa, técnica o química. Se trata siempre de la unión de lo que está separado, mediante la cual el individuo alcanza una cualidad más elevada, la totalización o transformación en sí mismo. El proceso externo -ya sea una operación técnica o un acto religioso- se convierte en la expresión figurativa de algo interno o, más aún, de un *mysterium* que comprende las dimensiones de interioridad y exterioridad, y transmite la noción del *unus mundus*, de la realidad unificada.

(Wehr, 1991, p.383).

Como ya dijimos, el comienzo de este proceso está en el inicio mismo de la vida humana y, a nivel orgánico, ocurre con o sin la participación de la conciencia. En este sentido, lo que podríamos llamar “individuación natural”, es prácticamente indistinguible de la maduración normal. Sin embargo, en un sentido psicológico, que es el que interesaba a Jung, se lleva a cabo o no, por decisión ética consciente, a partir de la crisis del solsticio. La participación de la conciencia del *yo* es fundamental para su consecución y en la medida que éste asuma un papel de colaborador, coautor y receptor agradecido de lo que el inconsciente le ofrece. Situación que normalmente encontramos en aquellos que están más interesados en la búsqueda y realización del sentido de la existencia, sin conformarse con ser “normales” al estilo de las mayorías.

c) ETAPAS DEL PROCESO DE INDIVIDUACION

Según Jung, el proceso de individuación puede encontrarse expresado simbólicamente en el mito del héroe, o en la elaboración alquímica o en diversos ritos de iniciación. De entre los diversos escritos jungianos o de estudiosos de su obra que han intentado organizar secuencialmente este proceso, la sistematización en siete etapas que ha hecho Vázquez (1981b, 1986), siguiendo los pasos que se dan en el mito del héroe, nos ha parecido de especial riqueza. Por eso la tendremos como referente en la descripción de la evolución del proceso de individuación que haremos a continuación.

El número, tiempo y secuencia de estas siete etapas varía, obviamente, de sujeto en sujeto puesto que lo que presentamos es sólo un modelo de la secuencia. De todas maneras, es importante resaltar que parecen darse siempre en un mismo tipo de alternancia: primero hay un tiempo desalienante o descentrador del *ego* y luego un tiempo integrador y centrador en el *selbst*, que se va convirtiendo poco a poco en el verdadero eje de la personalidad.

1ª) La llamada o vocación

El héroe o la heroína, antes de emprender la aventura, siempre siente una “llamada” que lo atrae y que lo inquieta simultáneamente. Esta llamada puede tomar la forma de una voz exterior (una petición de auxilio o un envío, por ejemplo), o la forma de una inspiración interior.

En términos psicológicos, se trata de una conmoción interna producto de la insatisfacción con la vida que tiene el sujeto. “Algo” dentro (*el selbst*), le dice que ya no puede seguir así y lo invita a tomar la determinación de un auténtico encuentro consigo mismo. Se pueden distinguir aquí tres momentos: el tiempo de incubación preparatoria, la conciencia como tal de la llamada y la decisión moral o respuesta a esta llamada. Cuando la reacción a este tercer momento es afirmativa, se da comienzo propiamente al camino. Cuando es negativa o ignorada (obviada) quedan echadas las bases para la neurosis.

2ª) La desalienación parental

Para poder “salir de casa”, el héroe debe vencer a los guardianes que se lo impiden. Estos suelen estar representados por animales feroces, en muchos casos por un dragón.

Esta bestia terrorífica y fascinante se trata en realidad de la tendencia a la fusión hijo-madre de carácter incestuoso. Para poder iniciar el camino, el sujeto debe matar simbólicamente al animal-madre:

...esto es, vencer el monstruo de lo instintivo-infantil, representado por la sexualidad incestuosa, y seguir *viviendo-en-la-madre* y de la madre-espíritu.

(Vázquez, 1981b, p.280).

Por extensión, se entiende que renuncia a su infantilismo y a las dependencias familiares.

3ª) El desenmascaramiento

Normalmente, el héroe tiene que salir además de la ciudad y de su tierra. Una de sus primeras aventuras será el encuentro con el *enmascarado* con quien primero luchará para, en un segundo momento, reconocerlo como un amigo o un hermano o un gemelo. Es decir, un aspecto de sí mismo.

En términos psicológicos, esto significa desalienarse de la *persona* con la que el *ego* se había identificado. Se trata de ir despojándose de las múltiples máscaras con que había ido construyendo una identidad basada en las apariencias y, principalmente, en su profesión o rol social. Ahora debe dejar de lado el “aparecer” para poder encontrarse con su “ser”.

Desde el punto de vista de las funciones orientadoras de la conciencia, integrar a la *persona* supone también el reconocimiento de la propia función superior, el de la necesidad de desarrollar las otras tres y el de ser capaz de relativizar el punto de vista propio.

4ª) La integración de la sombra o la aceptación integral

Nuestro héroe o heroína se encuentra ahora con el personaje siniestro. Este personaje será negro si nuestro protagonista es de raza blanca y viceversa si es de raza negra. Como intenta cerrarle el paso, habrá un primer momento de lucha y victoria para luego reconocer, en un segundo momento, que pese al color contrario, también se trata de un amigo o de un hermano. Es decir, de otra parte de sí mismo.

Psicológicamente, se trata de la integración de la *sombra*, que corresponde a gran parte de los contenidos del inconsciente personal y también a la consideración del problema del mal. El *ego* había reprimido y, por lo tanto proyectado en otros, todos los aspectos de sí que consideraba negativos, defectuosos o reprobables. Ahora debe reconocerlos y aceptarse tal como es, con sus lados buenos y sus lados malos, al tiempo que es capaz de asumir responsabilidad por todos sus actos. Esto también implica hacerse solidario y sentirse partícipe respecto de la problemática del mal en el mundo. Es un paso ganado en la verdad de sí mismo que, por consiguiente, facilita además la comprensión y aceptación de los demás.

5ª) El reconocimiento del alma

El héroe se encuentra con la dama que en un primer momento intenta distraerle de su camino reteniéndole seductoramente o con engaños, o bien amedrentándole. En un segundo momento en cambio, se transforma en su compañera de viaje y le proporciona valiosas ayudas. Con la heroína sucede algo parecido, con la diferencia que su encuentro es con varios caballeros.

Hasta antes de la crisis del solsticio, la vida vuelta hacia fuera hace que predomine la *persona* y por eso se descuida el *alma* o personalidad interior. Como ya vimos, esta alma tiene carácter masculino en las mujeres (el *ánimus*) y carácter femenino en los hombres (el *ánima*). Su descuido implica que es proyectada en los miembros del sexo opuesto con los que no puede establecerse una relación verdadera. Por lo tanto, las principales tareas de esta etapa son dos. La primera consiste en el reconocimiento de la propia vida psíquica interior y la necesidad de conocerla y cultivarla. La segunda, en aceptar también como propia la bisexualidad psíquica, aceptando lo femenino compensador que cada hombre tiene y lo masculino complementario que hay en cada mujer. Esto posibilitará el retiro de las proyecciones hacia el sexo opuesto y por consiguiente, relaciones hombre-mujer más realistas y aceptadoras.

6ª) Acceso al sentido sapiencial del espíritu

El héroe pasa ahora por un momento de crisis. A consecuencia de sus éxitos, se le han “subido los humos a la cabeza” y se siente muy importante. Se cree superior a los demás hombres y desprecia a las pequeñas criaturas que, sin embargo, pueden prestarle mucha ayuda. Justamente por eso será derrotado o herido, incluso muerto. Por ejemplo, puede ser enterrado vivo en una cueva por mucho tiempo, o descuartizado o echado al mar, generalmente en el vientre de un cetáceo. Paradójicamente, la ayuda le vendrá desde alguno de estos seres débiles, pero sabios: un anciano, un pajarito, un enano o un niño. Ellos le orientarán o le curarán, incluso le resucitarán. Como sea, él aprenderá la lección y quedará *transformado* ganando en sencillez, humildad y sensatez.

Tras la integración del *ánima* o *ánimus* se produce una gran ampliación de la conciencia que recoge además el flujo energético de otros arquetipos conectados a través del alma. Por eso es muy fácil que el *ego* se identifique con estos contenidos arquetípicos, se crea poseedor de poderes extraordinarios y se sienta omnipotente. En cierta forma, se puede decir que vive una regresión de tipo narcisista en que se vivencia como un superhombre o un semidiós.

Se hace necesario por tanto que el sujeto reconozca que ese “exceso de poderes” no pertenece a su *yo*. En ello juega un papel de vital importancia la vivencia del sufrimiento provocada por alguna constatación trágica de la

limitación de sus “poderes”. De esta manera, puede finalmente integrar el arquetipo del espíritu, usualmente representado por la figura del viejo sabio, y conseguir abrirse a un sentido sapiencial de la existencia. En forma paradójica, esto le capacita para ser un verdadero creador de cultura en vez de un ingenioso inventor de tecnología.

7ª) Experiencia de unificación integradora

Tras el largo y penoso camino, el héroe llega finalmente a la meta y encuentra el tesoro. Este consiste siempre en algo extraordinario y de sumo valor: una preciosa flor curativa, una fuente que da la inmortalidad, un palacio lleno de riquezas, una princesa que luego de ser desencantada será la esposa anhelada, etc., etc.

Desde el punto de vista psicológico, lo que en realidad ocurre es el encuentro entre el *yo* y el *sí-mismo*. La personalidad ha encontrado el verdadero centro de su totalidad, ha asumido grandes capacidades que estaban en el inconsciente arquetípico, se ha desalienado de las exigencias masificadoras del mundo exterior y de las instintivas del mundo interior, ha alcanzado una notable sapiencialidad y el ser humano llegado a este punto se siente liberado y mucho más autorrealizado. La experiencia vivida ha significado para él una profunda transformación que le ha enriquecido y le ha permitido unificar integradoramente todos los aspectos conflictivos o en oposición de su personalidad. No se trata de que ahora no le afecten los típicos problemas de la vida, sino que puede vivirlos sin el dramatismo de antaño y desde su eje central.

Esta vivencia de integración tiene múltiples expresiones simbólicas, muchas de las cuales Jung estudió: el círculo, la cuaternidad o tétrada, el mandala, la hierogamia o bodas sagradas, etc. Todas indican plenitud vital y totalidad unificada.

6.- LA ENFERMEDAD PSIQUICA

Pereira (1994, p.225-226), siguiendo a Jung, refiere siete posibilidades de psicopatología del *ego*-conciencia. La primera es que el *ego* no emerja suficientemente, lo que implicaría que la personalidad fuera gobernada por otros complejos autónomos.

La segunda, es que el *ego* se “infle” al identificarse con el *selbst*, lo que redundaría en una tensión destructiva entre las dos instancias y por lo tanto habría amenaza de quiebre en la personalidad.

La tercera posibilidad es la identificación del *ego* con una actitud consciente extrema, que terminaría por negar o eliminar los datos emocionales que no se adecuen a este patrón.

La cuarta sería la subyugación y arrebatamiento del *ego* por parte de un contenido interno.

La quinta posibilidad es la incapacidad del *ego* para controlar a los otros complejos, impidiendo así su diferenciación y personalización, fundamentales para el desarrollo individual.

La sexta posibilidad es la incapacidad de un *ego* débil o debilitado para sostenerse tras una violenta irrupción del inconsciente en la conciencia.

La séptima es la no integración de la función inferior en la conciencia, lo que unilateralizaría y distorsionaría su funcionamiento.

Con toda certeza, este listado dista mucho de ser una enumeración completa de todas las posibilidades de enfermar psíquicamente. Sin embargo, es lo suficientemente amplio e ilustrativo como para darnos una idea de la complejidad del tema. Hay en él una larga lista de palabras indicativas de posibles problemas psicológicos: emerger, identificación, tensión, quebrar, subyugación, incapacidad, diferenciación, integrar, desintegrar, distorsionar, unilateralización, etc.

Si las ordenáramos en categorías, probablemente nos aproximaríamos a los criterios base que tiene Jung para entender los trastornos psíquicos. En lo fundamental dos, a nuestro entender: desequilibrios o crisis en la conjunción de los opuestos y dificultades o distorsiones en el proceso de desarrollo (o individuación). En lo que sigue, examinaremos esto en relación a las dos grandes categorías diagnósticas tradicionales: las neurosis y las psicosis. Añadiremos además un breve *excursus* sobre el tema del sufrimiento.

a) LAS NEUROSIS

Podríamos comenzar diciendo que para Jung es tanto o más importante interesarse en la finalidad de las neurosis que en sus causas. Ellas suelen ser experimentadas como crisis personales, llenas de confusión y de angustia, en las que el individuo ha perdido el sentido de la vida. Por eso siente necesidad de orientación en el momento *actual*. Su vivencia apunta hacia el encuentro, en el ahora, de un significado existencial extraviado. Por eso Jung pone tanto énfasis en las causas eficientes actuales de las neurosis y en su sentido, mientras resta importancia a su búsqueda en el pasado:

Siempre insistí en que hasta la misma neurosis crónica tiene su verdadera causa en el momento presente, en el ahora. La neurosis es elaborada diariamente por la actitud errada del individuo, pero esa actitud errada es un hecho histórico y necesita ser históricamente explicada por cosas que sucedieron en el pasado. Con todo, esto también es unilateral, puesto que los hechos históricos están orientados no sólo hacia una causa sino también hacia una determinada meta. Ellos son, en cierto sentido, teleológicos, porque sirven a una cierta finalidad.

(Jung en McGuire y Hull, {1957}, 1982, p.284)

El significado perdido está en el inconsciente, del que se ha apartado y el cual está intentando comunicárselo a través de los síntomas. El distanciamiento ha sido generado por una escisión y un conflicto entre la conciencia y el inconsciente o, dicho de otro modo, entre las demandas del mundo externo y las del mundo interno arquetípico. Como ya bien sabemos, una tarea fundamental del inconsciente consiste en contrapesar las tendencias unilaterales de la conciencia. En el cumplimiento de esta tarea tiene dos limitaciones: debe luchar contra las resistencias del *ego* y sólo puede manifestarse a través de su lenguaje simbólico, de allí los sueños por ejemplo. Cuando su mensaje no es atendido o es rechazado, se produce alguna forma de irrupción en la conciencia que se manifiesta en diversos tipos de síntomas. Por eso la semejanza que muchas veces puede haber entre éstos y los contenidos oníricos.

Por otra parte, es frecuente que durante la primera mitad de la vida la conciencia se unilateralice y se desconecte de sus bases profundas. En esta etapa, el sujeto diferencia el *yo* y pone a su servicio *una* de las funciones de orientación de la conciencia, pero deja atrás muchos de sus aspectos inconscientes postergando así su propia totalidad. Todo lo que no es reconocido en la conciencia se va proyectando, con las consiguientes consecuencias de alienación en la personalidad. Cuando los primitivos se refieren a este estado de cosas es cuando hablan de “pérdida del alma” o “posesión por un espíritu”.

Durante la segunda mitad de la vida, en cambio, el peligro de alienación está dado más por las posibles identificaciones del *yo* con alguno de los contenidos arquetípicos del inconsciente colectivo. En estos casos, se dice que queda “poseído” por él. Un ejemplo de esta situación lo podemos encontrar en la asunción y absolutización en forma fanática de alguna ideología de tipo político o religioso, generalmente.

En todos estos casos la libido debe iniciar un movimiento regresivo para volverse hacia el inconsciente e intentar superar el conflicto con una nueva síntesis. La terapia, de hecho, se encuadra dentro de esta perspectiva. Por eso:

La tendencia regresiva sólo significa que el paciente se está buscando a sí mismo en sus recuerdos infantiles... Hasta ahora su evolución fue unilateral; algunas partes esenciales de su personalidad no fueron tomadas en cuenta, lo que finalmente lo hizo fracasar.

(Jung, [1930], vol.16, nº59).

La idea central de Jung es que la neurosis tiende hacia algo positivo y no hacia la mantención de la enfermedad. Muchas veces se transforma en un estímulo para conseguir la integridad de la personalidad:

En muchos casos debemos decir: “Gracias a Dios se decidió a ser neurótico”. La neurosis es realmente un intento de autosanación... Es un intento del sistema psíquico autorregulador para restablecer el equilibrio, y cumple la misma función que los sueños -sólo que es bastante más fuerte y más drástico.

(Jung, [1935], vol.18, nº389).

Dos anotaciones finales para terminar este apartado:

- Las neurosis también pueden depender de factores sociales e históricos. Hay épocas de transición, especialmente, en las que valores tradicionales se derrumban mientras aparecen otros nuevos. En tales circunstancias, a muchos individuos les resulta imposible encontrar los propios y se sienten desgarrados por demandas antagónicas. Sus personalidades quedan sujetas a tensiones intrapsíquicas irresueltas que interactúan con las presiones de complejos autónomos para conseguir el control de la personalidad. Experimentan la vivencia de caos que se produce cuando la psique se divide y cada parte queda regida por sistemas parciales autónomos que intentan llevar al individuo, cada uno por su lado, en direcciones diferentes. Todo esto se manifiesta luego en el marco individual de una neurosis.

- Las neurosis infantiles suelen reflejar los problemas de los padres puesto que los niños no tienen aún una psicología propia, estrictamente hablando. Están tan imbuidos en esa atmósfera mental que solamente pueden expresar tal influencia. A su modo infantil, naturalmente.

Por otra parte, hay que considerar también que:

Así como la maldición que pesa sobre los Atridas, los estados neuróticos suelen arrastrarse a través de generaciones enteras. Esta contaminación indirecta se produce al asumir los niños, en forma instintiva, determinada posición frente al estado anímico de los padres, o bien al defenderse contra éste con una protesta silenciosa -que, no obstante, a veces puede ser también muy ruidosa-; o bien, al caer en la parálisis de una imitación compulsiva. En ambos casos vense obligados a hacer, sentir, y vivir no de conformidad con lo que *ellos* son, sino con lo que son los padres. Cuanto más “impresionantes” sean los padres y cuanto menos se preocupen de sus propios problemas -¡en ocasiones so pretexto de sacrificarse únicamente en favor de los hijos!-, con tanta mayor pertinacia y profundidad habrán de soportar los hijos la carga de la vida no vivida por los padres, y tanto más compulsivamente se verán precisados a cumplir en sí mismos todo cuánto aquéllos mantuvieron reprimido e inconsciente.

(Jung, [1926/1946], vol.17, nº154).

b) LAS PSICOSIS

Cuando Jung intenta caracterizar las psicosis, se sirve muy especialmente del concepto de *abaissement du niveau mental*, tomado de P. Janet. Traducido literalmente significa “descenso del nivel mental”, pero se refiere mas bien a una disminución del nivel de conciencia y, en particular, a un debilitamiento del *ego*.

El *abaissement* ocasiona:

1. Una pérdida de regiones enteras de contenidos normalmente controlados.
2. Produce así fragmentos separados de la personalidad.
3. Impide que el curso normal del pensamiento sea llevado consistente y completamente hasta el fin.
4. Reduce la responsabilidad y la reacción apropiada del *ego*.
5. Causa una realización incompleta y produce así reacciones emocionales insuficientes e inadecuadas.
6. Baja el umbral de la conciencia, permitiendo que contenidos normalmente inhibidos del inconsciente penetren en aquélla en forma de intrusiones autónomas.

(Jung, [1939], vol.3, nº510)

Todos estos efectos los podemos encontrar tanto en las neurosis como en las psicosis, por lo que no podemos dudar de su presencia en ninguna de las dos. Sin embargo, en las neurosis la unidad de la personalidad está

notablemente menos afectada. En la esquizofrenia en cambio, la disociación no sólo es mucho más grave, sino que a menudo irreversible.

Comparada con la personalidad histérica múltiple en que, a pesar de todo, hay una cooperación entre las partes, que desempeñan sus papeles sin interferirse unas a otras, como si un director central las coordinara, la disociación esquizofrénica es muy diferente:

Los personajes separados adoptan nombres y figuras banales, grotescos o sumamente exagerados y son objetables, a menudo, de muchas maneras. No cooperan además con la conciencia del paciente. No son delicados y no experimentan el menor respeto por los valores sentimentales. Por el contrario, irrumpen y alborotan en todo momento, torturan al ego de mil maneras distintas, y todos y cada uno de ellos son reprobables y molestos.

(Jung, [1939], vol.3, n°508)

En las psicosis entonces, se produce un *abaissement* extremo, la personalidad se divide en múltiples complejos y el *ego* deja de tener algún control sobre ellos. Mas bien pasa a ser uno entre tantos. La vivencia del paciente es como si los cimientos mismos de la mente cedieran bajo sus pies.

Sólo en los sueños se pueden encontrar cuadros catastróficos semejantes. De hecho, existe una semejanza notable entre las fenomenologías del sueño y de la esquizofrenia. Tal vez porque éstos son también producto de un descenso del “nivel de funcionamiento mental”. Por lo tanto, su mecanismo de producción y su función deben ser semejantes, reconociendo eso sí su cualidad de anormalidad diferentes. Esto es lo que lleva a Jung a postular la función compensatoria que tendrían también los síntomas psicóticos.

Y lo que lo lleva a suponer su origen en el inconsciente colectivo es la enorme cantidad de simbología colectiva que aparece en ellos, tan diferente a la neurótica, eminentemente personal. Sumado, claro está, a la enorme debilidad del yo que ya mencionamos.

Desde este punto de vista, podríamos concluir que el estado demente esquizofrénico posee, en la medida en que produce material arcaico, todas las características de un “gran sueño” o, en otras palabras, que constituye un acontecimiento importante que ostenta la misma calidad “numinosa” que las civilizaciones primitivas atribuyen al ritual mágico correspondiente.

(Jung, [1939], vol.3, n°528)

Un *abaissement* puede producirse por muchos motivos: fatiga, intoxicación, fiebre, anemia, afectos intensos, enfermedades orgánicas del sistema nervioso central, masificación, fanatismo religioso o político, etc., pero por sí mismo no logra explicar la producción de una neurosis o de una psicosis. Ya vimos que forma parte también de la normalidad, como en el caso del sueño. Habría, por tanto, una disposición previa que interactuando con un “descenso del nivel mental” extremo, originaría el trastorno psíquico.

Esto lleva a Jung a plantearse el controvertido asunto de la etiología psicológica u orgánica de la psicosis. Y, a pesar que no entrega respuestas concluyentes, sí señala unas cuantas consideraciones de importancia. Las reseñamos sintéticamente:

- El dogma psiquiátrico de que “las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro”, conduce a la esterilidad. Está comprobada la existencia de trastornos mentales psicogénicos.

- No está claro hasta qué punto la esquizofrenia misma puede ser la responsable de la destrucción de las células cerebrales. Ni tampoco si las desintegraciones orgánicas explican la sintomatología esquizofrénica. Es importante plantearse si los síntomas secundarios de degeneración orgánica podrían provenir de los trastornos psicológicos. Y si la anatomía constituye un fundamento primario o secundario del trastorno psicológico.

- No hay duda respecto de la determinación psicológica de los síntomas secundarios en la esquizofrenia. La irrupción y evolución de la enfermedad es, muchas veces, determinada por factores psicológicos. Es frecuente también una mejoría de un estado crónico cuando mejoran las condiciones externas, o viceversa.

c) EL SUFRIMIENTO LEGITIMO

El sufrimiento es un dato fundamental de la existencia. Quienes suponen que el desarrollo psicológico conduce a un estado en que ya no habrá más, están, a todas luces, equivocados:

El sufrimiento y los conflictos pertenecen a la vida y no deben ser considerados como “enfermedad”; son los atributos naturales de todo ser humano, el contrapeso de la felicidad. Sólo donde el hombre quiere escapar de ellos por debilidad, cobardía o incompreensión, surgen la enfermedad y los complejos.

(Jacobi, 1976, p.191).

Desde siempre, el desamparo y la debilidad han actuado como acicates del desarrollo. Muchos han llegado a considerar, incluso, que toda la actividad humana se explica como búsqueda de placer y huida del sufrimiento, aunque éste nunca se pueda hacer desaparecer.

El problema surge cuando el sufrimiento deja de ser acicate y se convierte en obstáculo para la transformación y el desarrollo. Cuando se bloquea el flujo de la vida para intentar evitarlo. Y cuando se busca evitarlo porque se ha extraviado su sentido.

El sufrimiento sólo se puede entender dentro del contexto del proceso de individuación y como un “dolor de crecimiento”. Si se producen estancamientos en este camino y es necesario dar un paso más, entonces surge el dolor. El es la señal que indica la salida para una nueva aventura del héroe que busca el tesoro. Si hay extravíos perdurables o renunciaciones en este camino, aparecerán las enfermedades psicológicas.

La neurosis es siempre un sustitutivo del sufrimiento legítimo, dice Jung (vol.11, nº129). En el sufrimiento “auténtico”, en cambio, siempre existe el presentimiento de que en algún momento se encontrará su sentido y se logrará enriquecimiento personal. La toma de conciencia para el crecimiento individual, implica la transformación del sufrimiento “inauténtico” en “auténtico”.

7.- LA PERSONALIDAD MADURA O TOTAL

Para comprender la postura jungiana con respecto a la salud mental, es imprescindible enmarcarnos dentro de su visión del desarrollo de la personalidad. De esta manera evitamos el riesgo de considerar “sano” sólo a quienes llegan a la madurez, que es donde Jung pone el énfasis, sino que, en general, a quienes van avanzando en su crecimiento personal.

Pero antes un breve comentario para distinguir entre normalidad y salud. Jung también piensa que no son sinónimos y más aún, tiene serias sospechas respecto a la salud mental mayoritaria:

Como es sabido, la diferencia entre la psicología de los neuróticos y la de los normales es insignificante y puede decirse que no hay hoy quien tenga la seguridad de no ser neurótico.

(Jung, [1931], vol.8. nº667).

Por otra parte, la meta de la normalidad le parece muy poco atractiva:

Ser “normal” es la meta ideal para los fracasados, para quienes todavía no han alcanzado el nivel general de adaptación... Consecuentemente, existen dos tipos de neuróticos: unos porque sólo son normales y otros que lo son porque no consiguen aún volverse normales.

(Jung, [1929], vol.16, nº161).

Ahora podemos volver a la perspectiva desarrollista y señalar que durante los primeros años de vida, el ser humano debe dejar la niñez con un *ego* ya diferenciado del inconsciente y relativamente autónomo. Luego, las metas de la primera mitad de la vida implican una adaptación exitosa al medio social. El sujeto debe lograr una identidad sexual y de género, discernir e implementar su vocación, constituir una familia, asumir su maternidad o paternidad de forma responsable, desempeñar un trabajo satisfactorio, etc. Elementos todos muy relacionados con la *persona* o *máscara* de que ya hablamos.

La segunda mitad de la vida, en cambio, llama a la totalización de la personalidad. En la concepción de Jung la totalidad viene a ser sinónimo de salud. Ella se consigue, tal como ya vimos, en la última etapa del proceso de individuación, cuando el *selbst* se hace el centro regente de la personalidad. Desde este centro se integran todos los aspectos de la psique, luminosos y sombríos. Por eso la madurez no es sinónimo de perfección, pues ésta dejaría fuera los aspectos oscuros del ser humano, tan importantes para la psicología de Jung.

En realidad, todo el proceso de desarrollo y de individuación de la personalidad, consiste en la continua diferenciación e integración de los diversos aspectos de la psique. Con la consiguiente continua ampliación de la conciencia. Por lo que es lícito suponer que la salud *no “es”* sino que *“va siendo”*.

Un proceso que, por su riqueza, puede visualizarse desde diferentes perspectivas. Como por ejemplo, desde la frecuente simbolización de la totalidad por parte de la cuaternidad:

Este proceso puede formalizarse numéricamente, entendiendo el número como arquetipo del orden. Del 1 como unidad primordial (totalidad indiferenciada) al 4 como cuaternidad (totalidad diferenciada) se asiste a una progresión, una ritmicidad, donde se pasa a la asunción de la dualidad (oposición) del 2, la equidistancia del 3 (tercero excluido, síntesis hegeliana, dimensiones del tiempo, totalidad consciente) y de ahí al 4 (doble oposición, tetrakys pitagórica, orientación espacial), volviendo al 1. El paso del 3 al 4 (el axioma de María),

reviste así la forma de un paso de nivel donde se asume lo inconsciente, es decir, lo potencial, desde la tríada Padre/Madre/Hijo al matrimonio cuaternario o cruzado (la doble pareja).

(Galán, 1992, p.35).

Hacia la vejez, por último, el ser humano va naturalmente tomando distancia del mundo exterior, entre otras muchas razones porque abandona el mundo del trabajo, sus sentidos fallan, los amigos van falleciendo, etc. La propia vida parece preparar para la muerte. El anciano se desliza hacia la psiquis colectiva desde donde tuvo que salir en la niñez. De este modo cierra el ciclo en el mismo punto donde lo empezó, tal como el *ouroboros*, la serpiente que muerde su propia cola. Si ha cumplido su misión en la vida, la muerte pierde su horror y se incluye también en la totalidad.

Quienes logran individuarse, y volvemos aquí a la segunda mitad de la vida, que es donde está el énfasis jungiano, son los que finalmente crean cultura versus quienes sólo consiguen crear civilización. La civilización es hija de la razón y se expresa especialmente en la tecnología. La cultura es hija del espíritu, que no está preso de la conciencia como el intelecto, sino que expresa toda la sabiduría del inconsciente arquetipal.

Quienes llegan a encontrarse a “*sí-mismos*”, encuentran arraigo en su propia psique objetiva y su conciencia asume máxima responsabilidad. Ante el otro, se caracterizan por la tolerancia y la bondad. Y frente a la colectividad, son capaces de no masificarse, de tener sus propios criterios y al mismo tiempo, reconocerse parte de la humanidad y servirla.